

EN LA LUNA...

MERLE OBERON
REX HARRISON



250
PTS

EDICIONES RIALTO

Colección Cine

EN LA LUNA

BIBLIOTECA-CINE RIALTO

PUBLICACION SEMANAL

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

MERLE OBERON

en la magnífica producción

EN LA LUNA

CON

REX HARRISON

ES UNA PUBLICACION DE

Av. JOSE ANTONIO, 54



TELEFONO 23554 - MADRID

Sucesores de Rivadeneyra, S. A.—Paseo de Onésimo Redondo, 28.—Madrid.

AÑO II

1944

NUM. 55

EN LA LUNA

1

La espléndida juventud de Jane Benson se consumía encerrada entre las poéticas, pero vetustas paredes de su posesión de Yorkshire, lugar escondido, frondoso y medio arruinado, en el que se veía obligada a vivir, si no quería renunciar a la renta que le dejara su abuelo, un señor avaro y extravagante, cuya larga testamentaría no se había resuelto aún, y que, en opinión de las gentes y de su propia nieta, había muerto completamente arruinado, en aquel mismo lugar.

Con Jane vivían los criados que su abuelo dejó al morir y que le habían servido fielmente toda la vida. Pero esa fidelidad se traducía, para la huérfana, en una serie de molestias y de humillaciones que ella debía resistir estoicamente, atendiéndolos y cuidándolos cada vez que, en opinión de ellos mismos, se encontraban enfermos.

Estas enfermedades eran más frecuentes de lo que hubiera convenido al reposo y a la salud de Jane. Situada junto a la cama de los enfermos les administraba paciente-mente píldoras y potingues, y para que no se aburrieran, tras de reali-zar ella todas las obligaciones do-mésticas, se sentaba a leerles tro-zos de novelas románticas, que, por lo menos, tenían la virtud de hacer-la soñar a ella también y alejarla un poco de las duras realidades de aquella vida.

—“El príncipe dejó hastiado el caviar—leía Jane, para su camareño Ladbrook, que la escuchaba con gesto displicente —.y se dirigió al otro lado de la mesa... Sus ojos, ojos en los que fulguraban todas las pasiones de Oriente, expresaban un anhelo no satisfecho. “Cherie” —murmuró con dulce y delicado acento, el mismo con que había fas-

cinado a tantas mujeres—. "Hay algo en ti que me subyuga." "Je ne sais quoi"—una torturadora nube de atracción que mis sentimientos inflama."

—También yo estaría allí—suspiró el camarero—, si no estuviera tan enfermo, señorita... En el Sur de Francia, cuidando de mi destrozada salud, que arruiné estando al servicio de su señor abuelo, en vez de yacer desatendido en este inmundo Yorkshire!

Las perennes lamentaciones del criado se vieron interrumpidas por la llegada del médico, a quien Jane había avisado, como tantas otras veces, y que, como siempre también, acudía presuroso a la cabecera de aquellos enfermos, no por lo que se le diera un pitoche de su enfermedad, que conocía demasiado bien, sino porque esto le proporcionaba la feliz ocasión de charlar con Jane y permanecer un rato en su compañía.

—¡Buenos días, Freddie!—exclamó ésta al verle, sintiendo también la honda satisfacción de sentirse al lado de un buen amigo, cuya presencia le agradaba y hasta le conmovía dulcemente.

—Buenos días, Jane—respondió el joven—; ¿es que pasa algo?

—No a mí. Los enfermos son los criados—; y señalándole un asiento en el vestíbulo siguió—: puede usted dejar el abrigo.

—¿La enfermedad de costumbre?—preguntó Freddie, que sabía a qué atenerse respecto a los caracteres reales de aquella enfermedad.

—Sí, achaques de vejez, como siempre. El camarero es el más viejo y enfermo del lote. Están todos en la cama.

—¿Y usted haciendo de enfermera, eh?

—Cuando usted llegó acababa de llevarles el caldo.

Brígida apareció en aquel momento, envuelta en mantas, tiritando de frío y con su aire de habitual mal humor.

—Señorita Jane— exclamó con acritud—; ¿no hay ninguna habitación en esta casa donde se pueda sentir un poco más de calor?

—¡Oh! — respondió con azoramiento Jane—. Perdone usted. Si quisiera usted ir al salón yo avivaría la chimenea.

—¡Oh!—hizo Brígida, con actitud de reina ofendida, retirándose hacia el salón y seguida por las miradas de Freddie, a quien indignaba íntimamente todo aquello.

—Es su doncella, ¿verdad?—preguntó.

—No, es Brígida, el ama de llaves.

—Por el tono de su voz más parece que fuera el ama del mundo esa anciana.

A ambos jóvenes habían llegado conversando hasta la puerta de la habitación en que se encontraba el

criado. Jane llamó tímidamente con los nudillos, y la voz de Ladbrook se alzó airada, con el tono que siempre solía:

ni menos que "abandono"—y mirando a la huérfana, que se había entristecido súbitamente, aclaró con condescendencia—; no la culpo a



—También yo estaría allí—suspiró el camarero—si no estuviera tan enfermo, señorita.

—¿Quién está ahí?

—El doctor Jarvis, que quiere verle, Ladbrook—respondió tímidamente Jane.

—¡Pues, que pase!

Freddie entró en la alcoba, siendo acogido por una sonrisa de profunda tristeza que apareció en los labios del criado.

—No es necesario que me diga cuál es mi enfermedad, doctor Jarvis, porque ya lo sé. No es ni más

usted, señorita Jane. Usted es una niña y no entiende de estas cosas.

Freddie se dispuso a auscultarle.

—Tosa un poco—le dijo.

—Pero esto— continuó Ladbrook—no hubiera ocurrido en vida de su abuelo..., que a un fiel y leal servidor se le dejara morir solo.

El médico había terminado su reconocimiento, dándole unas palmas en la espalda:

—No tiene nada, Ladbrook, pero le dejaré unas píldoras.

—¿No es demasiado tarde para píldoras, doctor Jarvis?

—Es posible — respondió irónicamente Freddie—; pero se las dejaré de todas maneras.

Y volviéndose a la joven, preguntó con visible aire de fastidio:

—¿El siguiente, Jane?

—Gladis, la ayudante del cocinero. ¡Lo más propio para una niña de sesenta y dos años!

Freddie escribía recetas apoyándose sobre una mesita, y, después de firmarlas, se las tendió a Jane:

—Jane—dijo—; éstas son para el camarero..., éstas para el cocinero..., y éstas para la ayudante del cocinero..., y aquí hay otras para Brígida en caso de que sienta celos... Son iguales todas las píldoras. Bicarbonato de sosa con azúcar candé... Ahora quisiera examinarla a usted.

Jane hizo un gesto de sorpresa:

—Pero si yo no estoy enferma!

—Lo estará pronto si continúa haciendo esta vida—afirmó, grave y tristemente el doctor; y mirándola con atención y ternura añadió—: Usted necesita unas vacaciones.

—Ya tuve unas vacaciones con mi tía en la costa—respondió sonriendo Jane—; tres semanas en Brimsbey...

Freddie auscultaba cuidadosamente a Jane, mientras ésta hablaba.

—Respire—le ordenó.

—Claro—añadió ingenuamente la joven—que no me acuerdo mucho, porque esto fué hace diez años...

—¿Por qué se queda en este pueblo tan aburrido? ¿Por qué no va a Londres a divertirse un poco?

—Porque cuesta mucho. Y tengo que cuidar estas reliquias ancestrales hasta que se caigan a pedazos.

—¿No puede venderlas? — preguntó Freddie, echando una mirada a su alrededor.

—No, porque no me está permitido.

—¿Quién lo ha dicho?

—Mi abuelo.

—¿Su abuelo? ¡Pero si ha muerto hace años!

—El sí, pero su testamento, no. ¡Está muy vivo! Y estipula que si quiero percibir la renta que me dejó, tengo que vivir aquí, y una huérfana no tiene mucho dónde elegir. ¡Aquí estoy y aquí estaré!

—Pero no puede usted quedarse aquí siempre.

—Mi vida está en manos de Millbank, Cudgeham y Frude.

—¿Quiénes?

—Los abogados de mi abuelo.

—¡Ah, ya! — exclamó Freddie; y cogiendo un libro que se encontraba encima de la mesa con señales de haber sido leído recientemente, lo ojeó y dijo en alta voz su título—: "Pasión abrasadora". Tiene

usted muy mal gusto para elegir novelas.

—¡Son una preciosidad! — repuso Jane con entusiasmo—. Me encantan las descripciones de grandes fiestas de Myfiar, en Saint Moritz, Montecarlo. Adoro también los amores románticos, y los rusos, que beben "vodka" y electrizan con sus ojos. ¡Daría cinco años de mi vida por encontrar un hombre que me amara violentamente!

Freddie sonrió:

—Sería mejor hacer otra prescripción para usted... un amor ciego, loco, torturador... mezclado con unas gotas de "vodka"...

Y estrechándole la mano con cariño, se despidió:

—Hasta mañana, Jane.

Pero Jane no parecía muy dispuesta a dejarle marchar. Reteniendo entre las suyas la mano, que él le tendía, exclamó con acento suplicante:

—¡Freddie! ¡Usted puede hacer algo por mí!

—¿Qué es? — preguntó el médico, sorprendido.

—Casarse conmigo!

Freddie retrocedió, como si hubiera visto que se abría un abismo a sus pies.

—¿Qué?

—Yo sé que no valgo mucho, comparada con las elegantes que frecuentan Mayfair y Montecarlo; pero no creo que pueda usted en-

contrar nada mejor en este aburrido Yorkshire y — añadió con tono apasionado y ferviente, en el que resplandecía la sinceridad, arrancada del corazón—: ¡Prometo quererle mucho, Freddie; prometo quererle mucho, de veras!

El médico se creía transportado a un sueño. Jane, la encantadora muchacha, con quien tanto había soñado, sin atreverse a soñar, le ofrecía aquello mismo que él nunca hubiera osado proponerle, venía a él trayendo entre sus finas manos la copa rebosante de la más embriagadora felicidad.

—¿Qué puedo ofrecerle yo, Jane? — exclamó turbado.

—Libertad! — respondió Jane.

—¿Qué libertad quiere que tenga un modesto médico rural?

—No va a ser siempre médico rural...; está haciendo experimentos o algo parecido, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Y será muy famoso—continuó Jane con entusiasmo—y tendrá muchos éxitos y revolucionará Londres.

—¡Me gustaría mucho creerlo! — sonrió Freddie, a quien contagaba, a su pesar, aquel entusiasmo de Jane.

—No me asustaría nada a su lado — insistió cariñosamente—, de modo que ¿por qué no hace usted una obra de caridad y se casa conmigo? Le miró tímidamente y acentuó su sonrisa, que lucía radiante en la cereza de sus frescos y juveniles la-

bios rojos. Tal vez...—insinuó—se atrevería usted a casarse conmigo si me diera un beso, ¿comprende? Así podría saber si le gustaba...

Aproximó su rostro al de Freddie; pero éste, esquivó la ofrenda que se le hacía y rozó apenas con sus labios la frente de Jane, quien retrocedió decepcionada.

—No; esto no es un beso—protestó—, así no vale.

—¿Qué cree que debía hacer? —preguntó sumamente desconcertado el joven.

—Usted es quien debe saberlo..., usted es el doctor.

Una respuesta—tal vez la misma que Jane esperaba—acudió ya a los labios de Freddie, incontenible y apasionada; pero en aquel mismo instante volvió a aparecer en la puerta la silueta de Brígida, que con la acritud y la insolencia de siempre se dirigía a la joven en actitud de acerbo reproche:

—¡Oh! Eso es—exclamó viendo el coloquio de los dos jóvenes—,

mientras yo me estoy helando en espera de un poco de calor, ustedes dos aquí entretenidos haciendo películas.

Jane se volvió a ella sumamente azorada, como un niño a quien se coge en falta.

—¡Oh, perdóneme, Brígida!, se lo llevaré al momento.

—Eso ya lo había dicho antes —gruñó Brígida.

Freddie se despidió de la joven como si hubiera tomado súbitamente una resolución provocada por la insolente actitud de Brígida.

—Adiós, Jane—exclamó.

—Adiós, Freddie—dijo ésta suplicante—, y vuelva pronto, después de pensarla bien.

—Lo pensaré, no lo dude—dijo Freddie, sonriéndole con ternura—. Buscaré una receta para que sus sueños se conviertan en realidad.

Freddie salió de la estancia. Una larga mirada de esperanza le siguió desde los ojos de Jane hasta la puerta.

II

Freddie lo había pensado muy bien. Pero lo había pensado dentro de una resolución irrevocable de cumplir, a costa de lo que fuera, los

días de sirviente de sus propios criados, privada de cuanto puede alegrar la vida de una joven..., y todo por el capricho de un viejo avaro y cruel.

Al entrar en su casa, el doctor Jarvis llevaba una sonrisa radiante. Cuando la señora Trupp, su ama de llaves, salió a su encuentro, no dejó de advertir que una luz nueva brillaba en los ojos del médico.

—¿Algún aviso, señora Trupp? —preguntó éste con cierto tono de ansiedad, que no escapó del todo a la interrogada.

—Sí—afirmó ésta, segura de que aquella respuesta era precisamente la que Freddie quería escuchar—; la señorita Benson ha llamado dos veces para decir que fuera a su casa a verla en cuanto llegara. Pero, ¿dónde ha estado usted?

—En las minas todo el día. Treinta hombres sepultados en un pozo, y nos hemos visto negros para sacarles—y tras un momento de vacilación añadió sonriendo—: ¿recuerda usted que el doctor Haskins quería comprar mi laboratorio?

—Sí.

—Pues ya lo tiene.

—¡Si usted no lo quería vender!

—He cambiado de idea. Le he enviado un cable. Aquí está el cheque por cinco mil libras.

—¿Nos va usted a dejar, señor? —preguntó tristemente la señora Trupp.

—Sí. He pensado marcharme a Londres a ver qué es lo que puedo hacer allí.

—¡Oh! ¿Pero por qué, señor?

—Porque me parece que ya va siendo hora de que me case..., y no sería justo pedirle a mi esposa que compartiera esta clase de vida, ¿no le parece?

La señora Trupp movió la cabeza convencida.

—No; naturalmente. No sería justo.

—No; yo quiero que ella tenga algunas diversiones, aunque sea la esposa de un doctor.

—¡Claro; pobre criatura!

—¡No tan pobre criatura!—exclamó Freddie alegremente, frotándose las manos con satisfacción—, voy a gastarme trescientas libras en una quincena de luna de miel.

—¿Dónde piensa usted llevarla?

—A Montecarlo. Y ahora mismo voy a decírselo...

La alegría brotaba por todos los poros del doctor Jarvis. Su sueño y el sueño de Jane se habían realizado, gracias a aquella feliz idea suya de sacrificar el laboratorio a los deseos de la sacrificada muchacha.

Pero en la vida no todo ocurre conforme con la realidad que nosotros nos hemos forjado.

Unas horas antes, mientras Freddie ponía el cable haciendo la proposición de venta de su laboratorio, unos caballeros muy correctos, en-

fundados en sus trajes de chaquet, revisaban escrupulosamente unos papeles, comprobaban unas cuentas, firmaban unos cheques y recibos. Eran los señores procuradores del abuelo de Jane, con uno de los abogados de éste, el señor Frude, al que daban detallada cuenta de todas sus gestiones y trabajos en la testamentaría del viejo Benson.

—Esta es la copia del testamento—decía uno de los procuradores—y ésta una relación muy detallada de...

—Y ahora, caballeros—interrumpió el otro procurador—, ¿cómo se le va a remitir esta información a ella?

—Hay una gran distancia hasta Yorkshire. Son unas cuantas horas de tren. Creo, señor Frude, que usted o alguno de sus familiares debe encargarse de poner en antecedentes a esa señorita.

El señor Frude accedió, sonriendo amablemente:

—Existe una gran distancia, pero iré con mucho gusto.

Y, en efecto. El abogado se había hecho el viaje movido de la mejor voluntad y lleno de emoción ante la formidable noticia que unas

horas más tarde vertería en los sorprendidos oídos de Jane.

Esta le recibió en la misma sala donde poco antes había estado conversando con Freddie, al que en todo el día había dejado de esperar con ansiedad. Las primeras palabras del abogado ya le habían revelado mundos desconocidos y fantásticos.

—Aquí están—decía el señor Frude, mientras desplegaba ante ella papeles que Jane apenas veía, paralizada por el estupor—; aquí están los estados de todos los títulos... Hipotecas, rentas y dinero en caja. El total fué depositado en la mayor domía de nuestra firma. Usted verá que, debido a la buena administración y a sanas inversiones, la fortuna asciende a un total... de—y el abogado carraspeó levemente antes de decir la formidable suma—unos ¡ejem! unos dieciocho millones de libras...

Jane sufrió un deslumbramiento y tuvo que caer sentada en una silla:

—¡Ha dicho usted... dieciocho millones de libras!

—¡Exacto!

—¡Oh!—hizo Jane, creyendo que la tierra se abría bajo sus pies.

III

La noticia, reproducida por todos los grandes periódicos de Londres, recorría las calles y atronaba el espacio llevada por los labios de los vendedores a todos los ámbitos de la ciudad.

—Una joven de Yorkshire hereda dieciocho millones de libras!

—... deja dieciocho millones de libras a una huérfana!

—¡Dieciocho millones de libras para una huérfana!

Los transeúntes hacían comentarios codiciosos o divertidos:

—¡Dieciocho millones es un buen puñado!

—Con ese dinero—exclamaba un bebedor—podríamos comprar todos los bares de Londres.

—Oiga—comentaba otro—, ¿cuántos años le echan a uno por bigamia?

El vendedor había echado su periódico sobre la mesa de un instituto de belleza, en el que se encontraban Julie y Millie, dos damas poco escrupulosas, cuya situación económica les hacía atisbar ansiosamente cualquier oportunidad de actuar como parásitos en las fortunas ajenas. Al conocer la noticia, olfatearon rápidamente el negocio posible que con ella se planteaba:

—Fíjese, señorita Derthrop—dijo a Julie la peluquera, señalándole la noticia, destacada en gruesos caracteres sobre la primera plana—, ¿ha visto esto?, dieciocho millones de libras.

—¿Qué?—exclamó, volviéndose vivamente la interpelada—. ¡Dieciocho millones de libras! ¡Dieciocho!, Yorkshire Moors..., minas de carbón... la nieta de Erza, Benson... Benson, está emparentada con Sylvia Benson, sobrina de la hermana de mi madre, por parte de su marido... ¡Dieciocho millones de libras!—repitió como si acariciase un delicioso sueño.

Millie avanzó hacia ella una mano, codiciosa de aquella noticia prometedora.

—Julie querida, ¿puedo leer ese periódico un momento?

—Desde luego, querida—accedió Julie afectuosamente.

—Decías que tenía algún parentesco contigo?—preguntó Millie mientras recorría con los ojos la noticia.

—Lejano, pero definido. Hace apenas tres años nos enteramos de que somos primas en quinto grado.

Millie se echó en brazos de Julie.

—¡Y tú eres mi mejor amiga! ¡Qué alegría!, ¿no es cierto?

—Sí—repitió Julie a la defensiva; ¡qué alegría!

En casa de Jane la transformación había sido también completa.

Ante la noticia de la herencia los enfermos habían curado completamente y con una rapidez milagrosa; Jane les veía ir y venir solícitos, procurando complacerla en todo y con rostros resplandecientes de alegría, amabilidad y satisfacción.

—Se ha curado usted muy pronto, Ladbrook—dijo la joven al criado, admirada de aquel cambio tan súbito.

—Sí; señorita—dijo el camarero cariñosamente y con respeto profundo—, gracias a sus delicadas atenciones... he... he podido abandonar el lecho del dolor. He estado muy bien cuidado, señorita Jane.

El timbre de la puerta se hizo oír y Jane le señaló al criado.

—Están llamando.

Ladbrook se precipitó a la puerta, en cuyo marco apareció la silueta sonriente de Julie, que no había perdido el tiempo en meditaciones y llegaba decidida a ponerse inmediatamente en campaña.

—¿La señorita Benson?—preguntó al criado; pero antes de que éste

pudiera responderla, Julie se había lanzado efusivamente en brazos de Jane, que la recibió entre ellos completamente estupefacta—. ¡Oh, la señorita Benson! ¡Querida, usted probablemente no ha oido hablar de mí, pero tengo cierto parentesco con usted!

Jane la saludó sin poder salir de su sorpresa.

—¿Cómo está usted?

—Me he atrevido a hacer este viaje desde Londres sólo para verla.

—Ah, ya!—respondió Jane sin abandonar su aire estupefacto—. ¿Quiere usted pasar por aquí?

—¡Oh, gracias!—respondió Julie accediendo—. Realmente somos primas en sexto grado y reconozco que, como miembro de la familia, tengo la delicada misión de cuidar de usted..., usted necesita protección contra la enorme cantidad de personas sin escrúpulos que la perseguirán. El dinero es todo suyo, ¿no es cierto?

—Todo mío—afirmó Jane.

—¿Sin ninguna restricción?—insistió Julie, a quien gustaba asegurarse del terreno que pisaba.

—Puedo gastarlo mañana si quiero.

—¡Oh, qué encanto! Usted debe marcharse a Londres en seguida, naturalmente. Y luego necesitará ir a París a comprar algunos trajes. Yo tendré el gusto de acompañarla—y haciéndole caricias tiernísimas, que cada vez confundían más



—Si: he pensado marcharme a Londres, y ver qué puedo hacer allí.

—¡Oh! ¿Por qué, señor?



... señalando a Julie, que devoraba a Millie con la mirada, le presentó: —¿Conoce usted a la señora Derthrop? La condesa Parsmill.

a la aturdida Jane, continuó: ¡Oh, muñequita! ¡Qué suerte de criatura! ¡Va usted a hacer un viaje a la luna!

Jane se sintió devuelta a sus sueños.

—Un viaje a la luna—murmuró extasiada—, ¡qué bien suena! Y... ¿usted no se enfadará si le pregunto cuánto cobrará por acompañarme?

—¿Qué?—protestó escandalizada Julie—. ¡Pero si ya le he dicho que somos de la familia!

—Ya sé..., pero usted no puede hacer todo eso por nada.

—¡Ja, ja!—rió de buena gana Julie viendo con satisfacción que Jane era tal como a ella le convenía que fuese—. Veo que es usted una criatura muy delicada..., exquisita; Jane..., por lo pronto llámeme Julie...—y adoptando un tono divertido y confidencial, continuó casi al oído de Jane—. Sus reflexiones respecto a mí son completamente acertadas. No soy más que un viejo pirata. Jamás he hecho nada desinteresadamente en la vida, y si conservo la razón no lo haré jamás. Siempre he desconfiado hasta de mí misma. Conozco las mañas de los estafadores y puedo ayudarla a librarse de ellos.

Jane la miraba con admiración y gratitud.

—Me consta que lo hará, Julie.

—¿Entonces puedo considerarme a su servicio?

—Sí.

Ladbrook, que había recuperado toda su prosopopeya de criado de gran casa, venía a anunciar una nueva visita, cuya silueta ya se divisaba en la puerta del jardín.

—La condesa Parsmill desea ver a usted—dijo con importancia—, y acaban de llegar una cantidad de hombres con cámaras fotográficas.

—¿Parsmill?—exclamó Julie dudando—. Pasar... Los buitres descienden de las alturas—sonrió dirigiéndose a Jane, que esperaba—. Yo la atenderé. Ahora, Jane, vaya usted al jardín con los fotógrafos. ¡Vamos, querida!

Pero Millie, que era y no otra la supuesta condesa de Parsmill, tampoco se dejaba ganar la partida. Antes de que Jane pudiera salir al jardín había ella entrado en la estancia, cortándole el paso con el más efusivo de sus saludos y la más radiante de sus sonrisas.

—¡Oh, mi querida señorita Benson, en realidad es deshonroso para mí no haber venido antes!

—Pues lo siento!—respondió sinceramente Jane.

—Habito una pequeña finca cercana a la suya, Moat Farm, pero he estado fuera todo el invierno, de otro modo hubiera venido antes.

—Ha sido muy atenta viéndome ahora—y señalando a Julie, que devoraba a Millie con la mirada, le presentó—: ¿Conoce usted a la señora Derthrop? La condesa Parsmill.

—¡Oh, claro que la conozco!—exclamó Millie disimulando su contrariedad al ver que Julie se le había adelantado—. ¡Querida! ¿Cómo está usted?

—¡Cuánto celebro verla! ¡Qué casualidad!—respondió Julie tragando saliva y poniéndose a la defensiva. Y para tomar sus primeras medidas se volvió hacia Jane con amabilidad—. Jane, querida, la esperan a usted los fotógrafos en el jardín...

Apenas desapareció Jane, ambas amigas se midieron con la mirada como dos gallos de pelea. La primera en recuperar su sangre fría y en hablar fué Millie, que entabló una negociación de paz.

—Espero que no serás demasiado egoísta, Julie querida. Sabes que yo puedo ser molesta si me lo pongo.

—Me consta que puedes, Millie querida. ¡Oh, no! No seré muy egoísta; pero es conveniente dejar bien aclarado, ahora y en lo sucesivo, que yo he llegado primero...

Jane entraba en el jardín y a su alrededor se precipitó un verdadero enjambre de periodistas, que esperaban con ansia su aparición.

—¡Ya viene, muchachos!—exclamó uno de ellos mientras los demás preparaban febrilmente sus máquinas.

—Señorita Benson, obséquenos con una bonita sonrisa..., no tendrá que esforzarse. Cuidado, muchachos: ¡listos!

Julie y Millie habían seguido a Jane hasta el jardín y tomaban sus posiciones junto a ella, dispuestas a no abandonarla ni un solo instante para que la otra no pudiera aprovecharse del abandono.

—Y ahora, señorita Benson—decía uno de los periodistas—, ¿quiere decir unas palabras para el público? Hable de lo que se siente al recibir los millones como un puñado de calderilla llovido del cielo.

—¡Oh, no!—protestó Jane—, creo que será mejor que no diga nada!

Julie se adelantó hacia ella.

—¡Oh, pues debe hacerlo! Hasta las más destacadas personalidades hablan por radio cuando tienen ocasión.

—Diga algo—apuntó Millie—sobre fe, esperanza y caridad.

Los fotógrafos buscaban luces adecuadas para sus instantáneas.

—¿Quiere tener la gentileza de ponerse aquí, señorita Benson?

—Colóquese más cerca, frente al micrófono—insistía el periodista cerca de la aturdida—, regálenos su mejor sonrisa. Hable claro y no muy bajo...

—Empiece, señorita Benson...

Jane, muy emocionada, se dirigió al micrófono con voz temblorosa:

—Sólo espero y quiero utilizar mi fortuna haciendo bien... a los que lo necesiten... Es decir, que espero y quiero ayudar a los que lo necesiten...—y de pronto, fijándose en Freddie, que entraba en el jardín y

se quedaba estupefacto presenciando todo aquello, se precipitó a su encuentro como hacia una tabla salvadora:

—¡Oh! ¡Hola, Freddie!... ¡Oh, Freddie, cuánto me alegro que estés aquí!...

El médico la rechazó suavemente mientras giraba una mirada a su alrededor:

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

Millie se inclinó hacia Julie con expresión de sobresalto:

—Si no me equivoco, este hombre le interesa.

—Aquí hará falta tener mano dura, querida—afirmó Julie.

—¿Quién es?—preguntó un periodista.

—El doctor Jarvis—le contestó otro—; el que va a casarse con... los millones.

—¿Qué significa esto?—volvió a preguntar Freddie.

—¡Un momento, doctor!

—¿A qué vienen esas tonterías? Los periodistas se agrupaban alrededor del joven, que los miraba con cara de pocos amigos.

—Perdone, doctor, ¿quiere usted decir unas palabras ante el micrófono?

—Si las dijera usted se arrepentiría—repuso de mal talante Freddie—. Vamos dentro, Jane, quiero hablar contigo.

Los periodistas y fotógrafos comprendieron que por el momento allí nos le quedaba nada que hacer, y

levaron anclas. Mientras tanto, Jane y Freddie se dirigían charlando al interior de la casa.

—¡Qué contenta estoy!—decía la joven—. ¡Quiero ir a Londres y luego a París a comprar vestidos. Voy a hacer un viaje a la luna. Conoceré todas las maravillas del mundo y todos los personajes de que hablan los libros! Freddie, ¿no es un milagro?

Freddie la miraba sonriente, pensando que Jane quería en su inocencia realizar todos aquellos prodigios con el producto de la venta de su laboratorio.

—Sí—afirmó.

—¡Y todo ha sido de repente! ¡Saldré de esta oscuridad!

—¿Has de recibir una fortuna?

—No—explicó Jane—, mi abuelo hizo una fortuna con las minas de carbón y se ha multiplicado desde su muerte. Fué un viejo muy avaro. No quiso que yo me enterase de que iba a heredarle... Creyó que veintiún años de ruina y miseria podrían hacerme tan mezquina como lo era él. Pero cometió un error. Estoy dispuesta a malgastarlo todo. ¡Quiero divertirme en grande! ¡Y tú también, querido! ¡Te voy a comprar el mejor laboratorio del mundo, con cien enfermeras muy inteligentes y muy feas!... Y daremos grandes fiestas todos los días cuando estemos casados...

Freddie la oía, sintiendo que a cada palabra un cuchillo helado



Los fotógrafos buscaban luces adecuadas para sus instantáneas.



En la elección de su ajuar, Jane se mostraba totalmente incansable.

cortaba todos los hilos de su ilusión. La ilusión amorosa que le había llevado hasta allí y de la que quería ofrecer a Jane las más bellas flores.

—¿Cuando estemos qué? — preguntó absorto.

—Freddie—preguntó preocupada Jane al ver la actitud de su novio—, ¿pero que te ha pasado a ti desde ayer?

—Ayer — respondió Freddie melancólicamente—necesitabas que yo te ayudase a escapar de aquí... Hoy el mundo entero es tuyo. ¡El mundo brillante, esplendoroso! ¡El mundo del placer!

—Pero... suponiendo que yo te dijera que te quiero...

—No lo creería—repuso tristemente el joven—. Tú quieras tu libertad, ¿no es cierto? Pues yo igual. Si estuviéramos casados la perderíamos. Tus millones destrozarian cuantas ambiciones tuviera, y yo estropearía tu alegría.

Jane sintió que todas sus ilusiones se desvanecían de golpe, en una

especie de bruma fría y hostil cuya causa no comprendía.

—Creo que estoy oyendo a mi abuelo. Me iré lejos a gastarme un millón, tal vez dos millones. Y voy a gastármelos alegre y locamente. Todo lo que me sobre lo gastaré en obras de caridad, y volveré aquí a pasar el resto de mi vida cuidando a los criados. De todos modos, y por lo pronto, quiero divertirme y vivir.

Freddie la miró sin perder su aire grave y melancólico.

—Espero que te diviertas mucho, Jane.

—No; no es cierto — protestó ella—. Tú esperas que los millones me envenenen. De otro modo, tú vendrías conmigo a Londres, Freddie. ¿Por qué no lo intentas..., por qué, Freddie?

Freddie no tuvo fuerza de voluntad para resistir a aquel ruego que Jane le hacía clavando sus bellos ojos en los de él.

—Lo intentaré! — afirmó.

IV

Pero el ensayo era más duro para los nervios del médico de lo que él mismo había podido imaginar. Durante su estancia en Londres fué un

constante ir y venir por los comercios, los almacenes, las casas de modas, las sombrererías, todos aquellos lugares, en fin, donde po-

día atraerse la atención y el deseo de una mujer joven y bonita hacia todas las creaciones de la elegancia y todas las tentaciones de la moda. En la elección de su ajuar, Jane se mostraba totalmente incansable.

—Les enseñaré el equipo para lunas de miel — decía el vendedor, desplegando, al mismo tiempo que telas y encajes, la más encantadora y arrebatadora de sus sonrisas.

—¡Oh, Freddie, mira! — decía, arrebatada de entusiasmo Jane—. Ahora nos enseñará mi ajuar. ¿No quieres verlo?

—Sí, desde luego—accedía el médico.

—Conjunto para desayuno — seguía explicando el vendedor, desplegando un pijama seductor.

—Es bonito ¿no? — decía la directora.

—No está mal—aseveraba Freddie.

—El siguiente — ordenaba la directora.

EN LA TUNA

Y seguía el desfile de novedades a cual más arrebatadoras. El modo "paseo de los Ingleses", los trajes de baile.

Jane, auxiliada y estimulada por Millie, que, como Julie, no la dejaba ni a sol ni a sombra, perdía la cabeza entre tantas bellezas. Una vez elegido su equipo, quería pasar al de Freddie, que tenía un aire cada vez más hostil hacia todo aquello. Freddie, cuando llegó ese momento, inició la retirada. Era incapaz de resistir la elección de sus pijamas, de sus batas, de sus pantalones de franela, de sus jerseys y de su ropa interior. La ilusión había muerto en su pecho, ahogada bajo los dieciocho millones de Jane. Esta le miró asombrada cuando vió que el joven iniciaba la huida.

—Tú no te irás, querido!

—Sí, me voy, querida...—y sin añadir una palabra más, salió a la calle.

V

Pero las tribulaciones de Freddie no habían terminado allí. La historia de los millones de Jane se había hecho tan conocida, que él ya no podía pasar inadvertido por ninguna parte; en ninguna estaba se-

fresco, era asaltado por un plumífero impertinente, que le interpelaba sin el menor escrúpulo:

—¡Ah! ¿Es usted el doctor Jarvis, si no me equivoco?

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Todo el mundo conoce su nombre, doctor Jarvis.

—Un repórter, ¿eh?

—Sí; ¿quiere usted concedermi un momento?

—No puedo, tengo mucha sed.

—Yo también estoy muerto de sed.

—Tome otro—invitó Freddie.

—No, ahora pago yo.

—No, no. Insisto.

—No, recuerdo perfectamente.

—Sirva lo mismo, haga el favor—indicó Freddie a la encargada.

El repórter empezó a beber su vaso y prorrumpió de pronto en una carcajada estentórea:

—¡Ja, ja, ja!—tiene gracia.

—¿Qué?—preguntó el médico.

—Casi se me olvidaba preguntarle lo que quería preguntarle.

—¿Es cierto?, y ¿qué quería preguntarme?

—Iba a preguntarle qué emoción se experimenta al ser el probable esposo de dieciocho millones de libras...

La respuesta de Freddie no se hizo esperar. Fué un hermoso directo en la mandíbula del repórter, que cayó redondo sobre el mostrador, no sin recordar advertirle a la encar-

gada del bar, apenas recuperó el conocimiento:

—Déjelo, señorita. Yo pagaré. ¡Hum! ¡Sí que es una emoción fuerte!...

Bajo la impresión de la desagradable pregunta, Freddie entró en casa de Jane, a la que encontró, como siempre, radiante de ilusión y de alegría.

—Oh, Freddie — le dijo al verle —, creí que no ibas a llegar nunca! ¿Te gusta este vestido?..., ¿no es una preciosidad? ¡Y tengo muchos como éste! Vestidos para baile, para té, para bridge y para ir en yate.

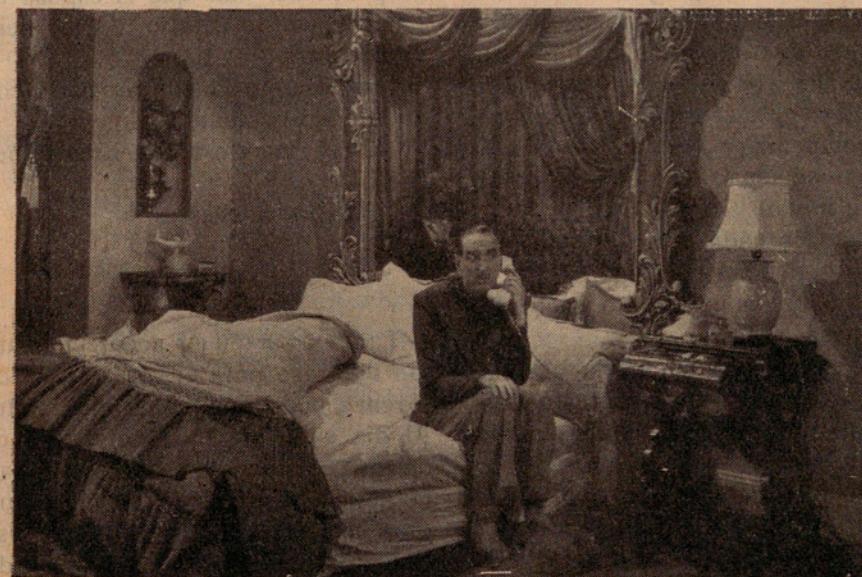
Freddie la contemplaba con aire contrariado y resuelto.

—Sí, querido. He comprado un yate... y un magnífico "Rolls Royce", todo pintado de verde..., y una preciosa villa en Montecarlo... ¡Oh, y otra cosa, he olvidado decírtelo! Te he comprado un hospital. Bueno, no es en realidad un hospital. Es una modernísima clínica, a la que no va más que gente rica, cuando están muy sanos, y pagan enormes cuentas para que les curen una enfermedad que no padecen... ¿Verdad que será muy divertido, Freddie?

El médico tomó un aire todavía más serio y concentrado que nunca y se dirigió a su novia, tratando de cortar aquel aluvión de palabras:



—¡Oh! Freddie, mira—decía arrebatada de entusiasmo Jane.



Al otro lado del hilo telefónico sonaba la voz de lord Petcliffe, una voz almibarada, afectada, llena de cansancio y languidez:

—Diga!

—Jane, escúchame. Todas esas tonterías... todo lo que has dicho desde que entré en esta habitación me separa para siempre de tu lado.

—Pero, Freddie—exclamó la joven asombrada—, ¡si vas a tener una clínica!

—La clínica sobre todo—afirmó Freddie.

—¿Qué dices?

—No. Escúchame. ¿Cuál es tu programa? Yates, coches, fiestas, joyas. Recorrer toda Europa a la cabecera de los multimillonarios, arrastrándome a mí como si fuera un Pomerania.

—Freddie—protestó Jane—, eso no es justo. ¿De quién fué la idea de Montecarlo? ¡Tuya!

—Sí, cuando suponía la realización de algo que tú anhelabas y que yo podía costear. Pero no ahora, cuando soy una especie de señorita de compañía.

Jane se separó con enojo del lado de su novio.

—No es nada grato eso que has dicho—exclamó ofendida.

—Lo que no es grato es lo que nos pasa.

—¡Tú no me quieras lo bastante para irte conmigo!—protestó Jane.

—No te seguiré a donde túquieres ir.

—No te parece bien que yo me divierta. Esa es la verdad.

—Sí, lo quiero—afirmó Freddie con pasión—. Es lógico, es natural, es muy justo... Tú te figuras que

me quieras... Pero ¿cómo lo sabes? Si todavía no habías conocido a nadie.

—¿Te gustaría que conociera a otros?

—¡Claro que sí!—afirmó Freddie celoso—. ¡Vete con ellos!

Jane le miró con expresión desafiante.

—Muy bien, entonces. Pero no esperes que vuelva.

—No me hace falta que vuelvas.

—¡Y yo creí que me querías!—gimió Jane.

—Te quería...—afirmó tristemente Freddie—. Pero antes de que tuvieras esos asquerosos millones y esos asquerosos amigos. Ahora yo no puedo ser más que el esposo de Jane Benson, o dejarlo... Y he pensado dejarlo.

Jane rompió la conversación con un ademán violento:

—Pues, cuanto antes. Buenas noches.

—Buenas noches...

* * *

Tampoco aquel acontecimiento tan doloroso para el corazón de los jóvenes pudo quedar en el secreto. Al día siguiente, las indiscreciones de los periódicos londinenses daban la noticia a todos los vientos con gran abundancia de vistosos y escandalosos titulares. La historia de un amor que podía haber llevado a dos seres al paraíso de la felici-

dad se desvanecía entre gritos de vendedores, vulgares comentarios de la gente y el polvo de la calle.

Y estas noticias y estos comentarios habían merecido la atención del doctor Beranger, director de un elegante sanatorio de gentes desocupadas, a quien parecía de momento una buena adquisición la del médico que desdeñaba a una multimillonaria por amor a la Medicina y a la Ciencia.

—Oiga, Duaigt, escuche esto—le dijo a su secretario y ayudante, mostrándole el periódico que tenía sobre la mesa—. “Un rompimiento sensacional. El noviazgo Benson, deshecho. Un doctor que prefiere la Medicina a los millones.”

—¿Qué hay con eso?—preguntó el ayudante.

—¿Qué hay con eso? ¿Es nuestro agente de publicidad y lo pregunta? ¿Sabe de qué nos serviría ese hombre si lo tuviéramos aquí?

—¿De qué?

—Nos serviría de anzuelo.

—¿De anzuelo?

—Todas las mujeres de Europa querrán conocer al hombre que ha despreciado dieciocho millones.

—Tal vez tenga razón—dijo el agente pensativo.

—¡Ah!, ya me dirá usted cuándo me equivoco. ¿Quién convirtió este sanatorio para enfermos en un lujoso hogar para ricos? ¿Quién pensó en admitir únicamente esposas sin esposos y esposos sin esposas? Yo

fui. Y le repito a usted que ese doctor Jarvis es lo que necesitamos como nueva y sensacional atracción.

—¿Y qué le parece a usted que haga?

—Ir a buscarle—comenzó el doctor Beranger—. Traer al doctor Jarvis. Ofrézcale un contrato en condiciones estupendas, pero debemos tenerlo aquí antes de una semana.

—Está bien—obedeció el ayudante, dispuesto a ponerse velozmente en campaña.

Mientras tanto, Jane, a quien la marcha violenta de su novio sumía en la más profunda aflicción, estaba anegada en un verdadero mar de lágrimas, cuando llegó a su encuentro su amiga Julie, que no desperdicia momento de hacer valer su influencia:

—Jane, Jane querida, niña querida, ¡tú, llorando!—exclamó al verla en tanta aflicción.

—Julie... Freddie aún no ha vuelto... ¡ni vendrá nunca más!

—Es lo mejor que te ha podido suceder, y espero que se lo agradecerás de veras.

—Y ¿no sabes lo que ha dicho?—insistió Jane, a quien se le habían clavado en el alma las palabras de su novio—. Dijo que me quede con todos los hombres que llevaré colgados del cuello.

—Una advertencia muy inteligente, que espero que tengas en cuenta—sonrió condescendientemente Julie.

—Claro que la tendré en cuenta—afirmó Jane rabiosa.

—Y que no se te olvide. Cuando no eras más que una pobre niña, a nadie le hubiera asombrado que te enamoraras de un doctor de pueblo. Pero ahora, que eres multimillonaria, debes pensar en un gran matrimonio.

Jane sufrió un profundo sobresalto y se quedó mirando a Julie:

—¡Matrimonio!—exclamó.

—Es natural. Un conde, un duque o un príncipe. O puede que los tres. Uno detrás de otro, claro.

—Eso es profundamente inmoral—comentó Jane con repugnancia.

—La sociedad no exige tanta moral cuando se tienen tantos millones.

—Estás llenando de ideas aterradoras mi cabeza, Julie—dijo Jane desconcertada.

—Ya te irás acostumbrando. No has vivido todavía. Aún no sabes todo lo que puedes ambicionar... ¡cuántas revelaciones!, ¡cuánta saturación!, ¡cuántas aventuras! —y acercándose a ella con ademán consolador y capcioso, continuó—: ¡Nena! ¡Nenita! El mundo es un bazar de juguetes para ti; ¿no quieres jugar?

Jane elevó hacia ella los ojos suplicantes:

—Tendrás que ayudarme —rogó.

—Bien. Para empezar he decidido que des una fiesta. Una reunión deslumbradora.

Los ojos de la joven se iluminaron de alegría:

—De acuerdo, ¿cuándo?

—Esta noche. He telefoneado ya a muchísimas personas. Pero tal vez convendrá telefonar al hombre que actúa de anfitrión.

Y dicho y hecho, se dirigió al teléfono, descolgó el auricular, marcó un número y dijo a la persona que se ponía al aparato:

—Póngame con lord Petcliffe, pronto... Chelsea 7177.

Julie se volvió hacia Jane con aire satisfecho:

—Te aseguro que será muy divertido. Una fiesta bohemia. Habrá muchos compositores, actores, autores, atletas y... bailarines.

—¿Quién es lord Petcliffe?—preguntó interesada Jane, que veía abrirse ante sus ojos un mundo nuevo.

—Pues es un elegante decorador de profesión y una especie de organizador, por afición. Y un... no hablemos de ello.

Al otro lado del hilo telefónico sonaba la voz de lord Petcliffe, una voz almibarada, afectada, llena de cansancio y languidez:

—¡Diga!

—¡Hola, Petcliffe querido! —exclamó efusivamente Julie.

—¡Hola, corazón! —saludó Petcliffe al conocerla—. ¿Cómo está usted? ¡Ay, mi querida amiga; estoy hecho papilla! Dimos un espectáculo anoche en mi propio estudio, y

me acosté tan tarde, que estoy completamente deshecho.

—Pues, amigo mío —respondió Julie—: hoy va usted a dar otra fiesta en su estudio. Esta noche, aunque esté cansado. ¡Oh, no!—repuso a los reparos económicos del aristócrata tronado—; envíeme las cuentas a mí... ¡Oh!, no se apure por las invitaciones. He enviado telegramas a todo el mundo. Sí, es para la señorita Benson, ¿conoce usted a Jane Benson?

Lord Petcliffe, sentado en el borde de la cama y disimulando un bostezo, afirmaba, poniendo su acento más suave y seductor:

—¡Oh!, mi amorcito, me parece maravilloso. Sí, desde luego, y con

muchísimo gusto... ¡Adiós, mi tesoro! Hasta luego, mi encanto...

Apenas colgado el auricular, y después de haber bostezado un poco, lord Petcliffe llamó a su mayordomo para darle las órdenes oportunas para la fiesta de aquella noche, de la que esperaba sacar verdadero provecho, porque ya sabía él que Julie, la inteligente Julie, no organizaba aquellas cosas en balde... ni de balde.

Encargó, por tanto, champagne, caviar, orquídeas, lilas, algo selecto, raro, fascinador para aquella jovencita que se asomaba al mundo y que empezaba cayendo como una mariposa deslumbrada en las redes de unos aprovechados.

VI

Pero, por lo pronto, Jane se divertía. ¿No era eso lo que se trataba de conseguir? Ya estaba allí, en la fiesta de sus sueños, en un salón decorado espléndidamente, cubierto de flores embriagadoras, mecido por el son de ocultas orquestas que vertían ritmos turbadores, al lado de hombres galantes que la cortejaban delicadamente, que halagaban su vanidad de mujer y que bailaban con ella al mismo tiempo que le prodi-

gaban frases ilusionantes, de esas que ella tanto había soñado escuchar.

Mientras Jane flirteaba y bailaba incansable con la encendida corte de sus admiradores, atraídos por su fortuna como por su belleza, Julie, con gran sentido práctico, se ocupaba con lord Petcliffe de sus "negocios" particulares:

—Pensi querido—le decía—: ¡qué fiesta tan esplendorosa!

—Esplendorosa y costosa—puntualizaba el organizador, a quien no gustaba dejar las cosas en el aire.

—¡Ya la cobrará con creces! Lo que tiene usted que hacer es encontrar una casa para Jane y decorarla.

—Pero, querida—protestó el decorador—. Ya la tengo. A un sibido de distancia del hotel Richmond... Y ya sé cómo decoraré su dormitorio. ¡Cortinas de seda! ¡Todo en blanco! Y tapizado con el más formidable gusto.

—Sí—sonrió Julie—, y acompañado de la más formidable cuenta.

—¡Como es muy natural! ¡Tenemos que vivir! —y fijándose de pronto en el muchacho que en aquel momento galanteaba a Jane, se alarmó súbitamente—. ¡Por Dios, quién está con ella! No la deje estar con ese hombre.

Julie miró lánguidamente y como sin dar importancia a la dirección que Petcliffe le indicaba:

—¿Por qué?—preguntó.

—Ese tipo se dedica a vivir conquistando mujeres ingenuas con grandes cantidades de dinero.

—Dígaseslo usted—advirtió Julie.

—¡No me atrevería!

La conversación entre Jane y su adorador continuaba sumamente animada:

—¿Dónde aprendió usted la rumba?—preguntó él con acento de admiración profunda.

—En ningún sitio. No hago más que seguirle a usted.

—¡Pues baila divinamente!

—¿Yo?

—Ya sabe usted que sí—insinuó Pedro cariñosamente—. Cientos de hombres se lo habrán dicho.

—Ni uno—afirmó gravemente Jane—, pero ya me lo dirán.

—Todos los hombres del mundo—siguió Pedro—le dirán a usted que adoran el suelo que usted pisa. Pero yo soy el más sincero. ¿No quiere creerme?

—No, pero siga diciéndomelo.

—Si usted no quiere creerme, ¿a qué continuar?

—Porque es algo tan hermoso! —repuso Jane soñadora—. Es usted el primer hombre que me ha dicho lo que él...—y corrigiéndose de pronto se interrumpió—: ¡bueno! Todas esas cosas...

—¿Se está usted riendo de mí? —preguntó Pedro.

—No, no me río. Soy una chica del campo que asiste a su primera fiesta.

—¡Eso no es cierto! —protestó Pedro.

—Sí, es cierto! Esta noche todos mis sueños se han convertido en realidad... Todo lo que había leído en los libros... Champagne, caviar, vestidos lujosos y joyas... y un apuesto joven de ojos fascinadores tratando de besar mi mano.

—Tengo que conformarme con la mano?—interrogó maliciosamente Pedro.

—No lo sé.



Pero por lo pronto, Jane se divertía. ¡No era eso lo que se trataba de conseguir!



...al lado de hombres galantes que la cortejaban delicadamente, halagando su vanidad femenina.

—Venga — le dijo el joven atrayéndola hacia un lugar del estudio; nos sentaremos un poco.

En otro ángulo, Millie sostenía una animada conversación con Guy, otro pretendiente a la mano... y a los millones de Jane, al que trataba de dar detalladas instrucciones para el feliz logro de sus aspiraciones tan amorosas como prácticas.

—Me parece de pura sangre—decía Guy admirándola, y más conocedor de caballos y yeguas que de mujeres—; buen andar... soltura y gracia... buenas patas... El jockey sabe muy bien su oficio, ¿eh?

—Sí lo sabe—repuso Millie—, pero tienes que trabajar mucho siquieres conseguirla.

—Ya sé...; pero si la consigo, no trabajaré más en la vida.

—Te felicito, Guy—añadió festivamente Millie—, eres muy inteligente algunas veces...

Dispuesta a abordar cuanto antes aquel asunto, Millie marchó con Guy en dirección adonde Jane se encontraba charlando con Pedro. Fué inútil que Julie tratase de cortarle el paso; cuando Millie se proponía algo, era difícil lograr que retrocediese. Así, pues, interrumpió el coloquio de Jane con su adorador y le presentó a Guy, que hacia todos los esfuerzos posibles para aparecer distinguido:

—Jane querida — exclamó Millie, adornándose con su más fascinadora sonrisa—: permítame presentarle

a mi sobrino predilecto... Lord Cars-taire... La señorita Benson.

—¿Cómo está usted? — saludó Jane.

—Encantado, señorita.

—¿Ha visto usted al marqués de Altamira? — preguntó Jane, extrañada de la súbita desaparición de Pedro.

—No, desde hace años y años...; pero podemos sentarnos y charlar extensamente. ¿No les parece? Mira, Guy querido: ¿oyes? La música empieza... No pierdas el tiempo.

Guy se levantó de su asiento dirigiéndose a Jane, que le contemplaba sumamente divertida:

—Galopamos un rato?

—Encantada... Ustedes perdonen...

Mientras Jane bailaba tenía la oportunidad de saborear un nuevo flirt que no carecía de cierta originalidad, dadas las especiales condiciones de su nueva pareja.

—Digo yo — tartamudeaba Guy, que no poseía ciertamente el don de la palabra—, tiene usted unos piecitos deliciosos, ¿eh?

—De veras? — coqueteaba Jane. —¡Ah, ah! Dos piñones. Digo yo. Oiga usted, un día cualquiera, cuando usted no tenga nada que hacer y yo no tenga nada que hacer... podríamos hacer algo los dos ¿ah?

—Sería estupendo.

—Le ruego que no se ría de mí, porque ¡la adoro!

—¿Usted? — exclamó con sorpresa Jane.

—¡Oh, como un loco, querida! ¿No, no quiere creerme?

—No, pero siga diciéndolo.

Guy giró una mirada a su alrededor, buscando a Pedro:

—Digo yo; quisiera saber lo que ese suramericano le estaba diciendo.

—¿Se refiere usted al marqués? Pues me decía las mismas tonterías que me dice usted.

—¡Oh, qué cretino!

—No es ningún cretino — protestó Jane sonriendo—: quería besar mi mano.

—Pues repito que debe ser un cretino. Po... po... porque ¿no es más bonita su boca?

Jane irrumpió en una sonora y alegre carcajada. Aquel juego amoro-so la divertía:

—¡Ja, ja! ¡No, no sé si es más bonita!

—Oh, digo yo; si lo permite se lo diré cuando estemos solos, ¿eh?, ¡ja, ja!

El doble juego de su coquetería, que despertaba en aquel medio propicio, cada vez embriagaba más a

Jane con su esgrima, en la que desplegaba una femenina habilidad. Unas veces era Pedro, otras veces era Guy, y, al fin, los dos fueron a acompañarla a su casa, deseando tener la oportunidad de derrotar al otro.

Cuando Jane entró en sus habitaciones, le pareció que había nacido en ella una mujer nueva. Había asistido a una gran fiesta mundana por primera vez en su vida, había flirteado, se había divertido, había bailado y al día siguiente, a las ocho de la mañana, salía en dirección de Montecarlo en el Tren Azul, acompañada, naturalmente, de sus inevitables amigas y de sus dos adoradores.

—A qué hora quiere que la llame, señorita? — le preguntó la doncella, que la ayudaba a desnudarse.

—A las ocho.

—No podrá levantarse tan pronto... Ya son las cuatro ahora.

—Mejor. Tengo que tomar el tren Azul.

—¿Qué dice, señorita?

—El Tren Azul, el de Montecarlo; ¿has estado en Montecarlo?

VII

El Tren Azul la conducía con sus rápidas ruedas, que giraban sobre paisajes desconocidos. Jane apenas

podía disfrutar de las delicias de aquel paisaje. Pedro y Guy, tanto como Julie y Millie, a fuerza de asi-



—Soy una chica de campo que asiste a su primera fiesta.

—Eso no es cierto.

—¡Sí! Esta noche, todo mis sueños se han convertido en realidad.



A media noche, aprovechando un descuido de sus acompañantes, embebidos en el tapete verde de la ruleta, Jane se dirigió al parque.

duidades, cuidados y atenciones la fatigaban constantemente. Cualquier insignificante episodio les parecía bueno para crear un folletín con que impresionar la imaginación de Jane y hacerse aparecer como sus salvadores de algún gran peligro.

Pedro y Guy empleaban todos los medios a su alcance, más o menos correctos, más o menos lícitos, para atraerse la atención de la muchacha y para poner al otro fuera de combate.

Por último, el sueño acordado con el monótono ritmo de la marcha fué ganando el espíritu de todos ellos, y cada uno se durmió, pensando en lo que más le había impresionado durante aquella jornada. Menos Jane, que dedicó los últimos instantes de su subconsciente para recordar a Freddie y dirigirle todo género de reproches...

* * *

¿Qué hacia Freddie mientras tanto? Solicitado por el doctor director del sanatorio, en él prestaba sus servicios, con gran satisfacción y muy ajeno a las verdaderas causas que allí le habían llevado, experimentaba un legítimo orgullo pensando que eran sus artículos profesionales los que habían atraído hacia él la atención del doctor Beranger.

Mientras el doctor Jarvis recorría el sanatorio para darse cuenta de todas las instalaciones, las enfermas

se agrupaban en los pasillos y atisbaban por las rendijas de las puertas para ver pasar desde allí al hombre excepcional que había renunciado a dieciocho millones de libras por amor a la Medicina.

—Mira — decía una señorita a otra — : ése es el adorable doctor Jarvis.

—¿Es aquel médico que despreció los dieciocho millones? — preguntaba otra señorita.

Freddie estaba encantado de la instalación. La alegría del sol, que derramaba sus haces sobre el solarium, las risas alegres de las enfermas, todas las cuales gozaban de una excelente salud, el ambiente, en fin, predisponía al optimismo, pero no era en absoluto lo que Freddie había considerado hasta entonces un "sanatorio".

—Esta luz y este aire deben hacer muchos milagros! — exclamó Freddie encantado.

—No podemos quejarnos — repuso modestamente el doctor Beranger.

Un alegre coro de carcajadas llegó hasta los oídos del doctor Jarvis, que se detuvo un poco alarmado.

—Supongo — dijo — que habrá algunos casos serios.

—No muchos, mi querido amigo, no muchos. Usted sabe que el lema de esta casa es: "Alegria... viva el buen humor y abajo las temperaturas", ¿eh?

—Al parecer — sonrió Jarvis — , da

muy buenos resultados. Nadie podría creer que hubiese ningún enfermo entre todos ellos.

—No, nadie, nadie—afirmó optimista el doctor Beranger, y viendo a una de sus enfermas que se acercaba a ellos, presentó:

—¡Oh, señorita Fortescuí... el doctor Jarvis... la señorita Fortescuí.

—¡Oh, doctor!—exclamó, radiente de satisfacción la señorita Fortescuí.— ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Quiere usted recetarme algo para mi apetito?

—¿Ha perdido el apetito?

—¡No se burle! Al contrario. He aumentado cinco libras en tres días.

—¡Cómo! ¡Es espléndido!

—¡Espléndido!—protestó la señorita Fortescuí; doctor Beranger, ¿qué le parece a usted?

—No tenga usted cuidado—le dijo el médico con benevolencia—, ya la examinará cuando esté instalado. Vamos, mi querido amigo. Le enseñaré a usted nuestro nuevo dispensario.

El dispensario era otra grata sorpresa que esperaba al doctor Jarvis. No era sino un bar magníficamente instalado, en el que no faltaba detalle, y donde un "barman" llamado "Estricnina" preparaba las más deliciosas combinaciones, a las que el alegre doctor Beranger denominaba "rayos ultravioleta".

—Le advierto—dijo Beranger a Freddie, señalando al "barman"—

que éste es una maravilla entre los de su clase. Recorra usted Londres, París, Nueva York, Palm Beach y Montecarlo, y no encontrará otro igual. El Ritz me ofrece continuamente una comisión por sus servicios, pero no quiero prescindir de él. ¿No está mal esta receta, eh?

Freddie saboreó con complacencia el "rayo ultravioleta" que le habían servido.

—No. Es una maravilla de la ciencia médica.

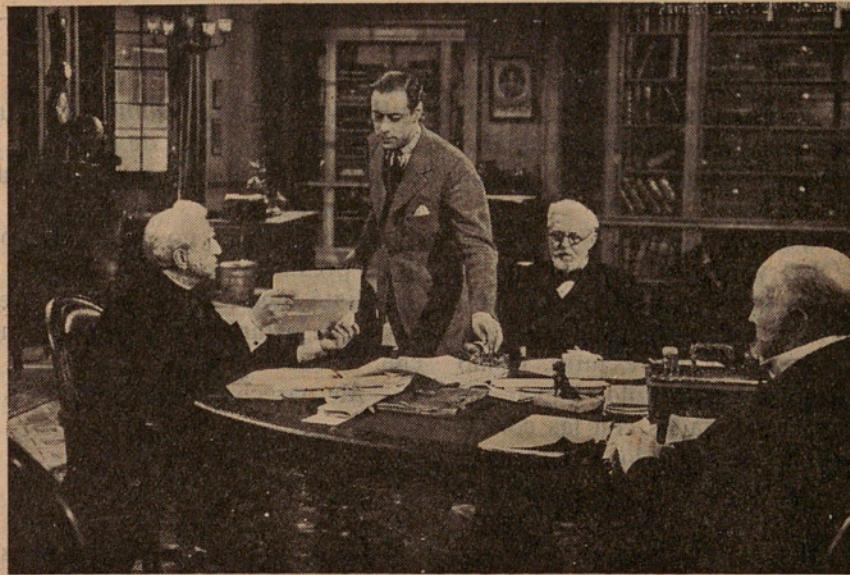
A su vez, Julie y Millie aleccionaban sin cesar a los presuntos maridos de Jane. Ambas esperaban sacar de aquella boda un buen pellizco y temían constantemente que alguna torpeza más que probable de los dos cazadores echase a perder un asunto que les prometía ganancias pingües y saneadas.

—Escucha, Guy—decía Millie a su candidato—. Será mejor que no presumas tanto. ¿Cómo quieras que ninguna chica se enamore de un hombre que está enamorado de sí mismo?

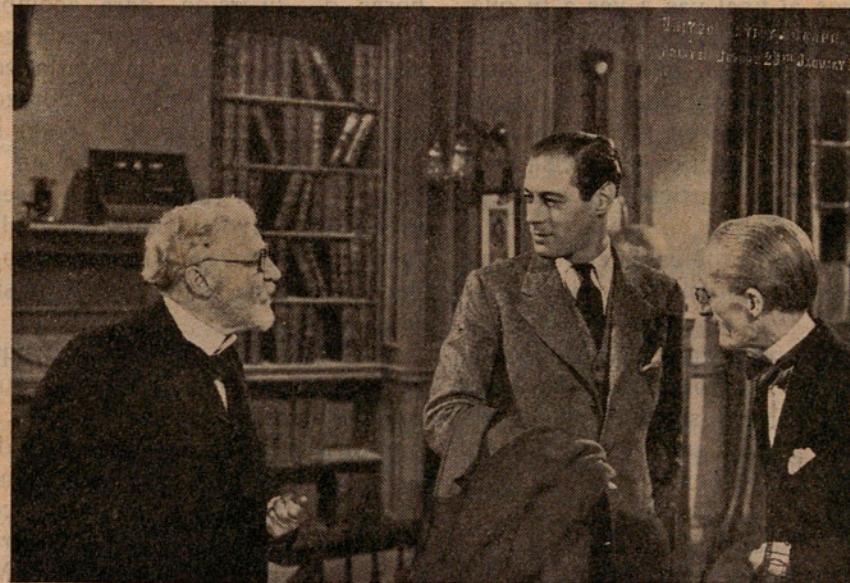
—¿Quién, yo?—repuso Guy, con su habitual expresión de estupidez—. Estás equivocada. Te aseguro que algunas veces me miro al espejo y me digo: "Guy querido, si no andas listo, cualquier día aparece otro tipo mucho más guapo que tú."

—¡No!

—Uno nunca sabe ¿sabes tú? Con



El doctor Jarvis era un hombre cuyo temperamento recio y carácter integro no admitía lugar a dudas.



—Si ustedes piensan que es mejor así, allá con sus conciencias.

tantos astros cinematográficos alrededor... Por eso me alegra tener algo más que línea y simpatía. Gracias a Dios tengo también algo en la cabeza.

—Oh, ¿de veras?

—Obsérvame. Yo no sé latín ni griego ni otras muchas cosas, pero sé algunas..., sé algunas cositas que no dejan de ser interesantes. Cómo sujetar bien un caballo. Llevar los calcetines entonados con las corbatas, que tonan... con los calcetines...

—¡Eres irresistible! ¿Te das cuenta de lo que son dieciocho millones?

—Exactamente. Seis ceros y un mundo de confort.

—Pues no pierdas tiempo. Conquistala cuanto antes.

—No te preocunes. Cuando lleguemos al final vas a ver a tu querido Guy caminando sobre ceros.

Por su cuenta, Jullie hacía semejantes recomendaciones a Pédro, pero encaminadas en una orientación mucho más práctica y precisa para sus intereses particulares, que ella nunca olvidaba.

—¡Pedro! Si te casas con Jane me deberás tres millones seiscientas mil libras.

—No—protestaba Pedro—, sólo el diez por ciento... un millón ochocientas mil libras nada más.

—Bien, ya lo sacaré de otro lado.

—Chantaje, ¿eh?

—¡Ja, ja, ja!—tú lo has dicho.

—Está bien—se resignó Pedro—: tres millones seiscientas mil.

—Gracias...

Pero Pedro era también un hombre práctico, y antes de que Julie se despidiera la abordó como sin darse importancia:

—Oye, Julie, ¿no crees que podrías prestarme cien francos?

—Está bien—accedió Julie—, espero que estarás en forma esta noche.

—Me parece que olvidas quién es Pedro...

* * *

Jane estaba muy lejos de pensar en serio en ninguno de sus dos pretendientes. Los consideraba completamente necios y lo suficientemente divertidos para cubrir aquellas horas de diversión, para acompañarla al baile, para distraerla con sus naderías y para intrigarla con sus ocurrencias. Pero su corazón estaba muy lejos de allí. Todo su pensamiento se concentraba en la imagen y en el recuerdo del ausente ingrato, cuyo retrato contemplaba encolerizada, eso sí, pero sin poder de ninguna manera apartar sus ojos de él.

—¡Idiota!—le decía—, ¿conque tú no me quieras? Pues eso sólo prueba el mal gusto que tienes...; por otra parte... no estás mal del todo, aunque teniendo en cuenta que no tienes una sola facción correcta en tu cara... ¡Ven aquí; mírate al espejo! ¡Cursi, ridículo! Me

hablas a mí como si fuera un perro. Claro que tú adoras a los perros; pero todavía no te he dicho si me gusta que me trates de ese modo. A cualquier idea mía que te exponga contestas: ¡calla! ¿De dónde has sacado ese disparate?... En efecto, ya veo que no soy tu ideal; pero desgraciadamente ya sabes que eres mi tipo; da lo mismo. No vayas a creerte que eres la única tabla de salvación. Tengo más de cien novios desde que te fuiste hecho una furia. Y mucho más guapos y más elegantes que tú. Tú..., palomino atontado, dos hombres me están esperando ahora. Si quiero levanto un dedito y puedo casarme mañana. ¡Te estaría muy bien empleado si lo hiciera! ¡Tú, mal genio..., obstinado..., mal educado, te daría un puñetazo!...

En lo más interesante de su monólogo sonaron unos discretos golpecitos a la puerta de la alcoba de Jane. Esta ocultó cuidadosamente el retrato que contemplaba y contestó:

—Pase.

Era Julie, acompañada por Millie, a la que no podía quitarse de al lado hiciera lo que hiciera.

—¿Ya estás arreglada?—le dijo Julie.

—Va usted a tener una maravillosa velada—añadió Millie.

—Serás el encanto de Dixi Club.

—Está sencillamente hermosa—aduló Millie.

—Gracias—contestó Jane.

—Vamos, querida —apremió Julie.

—Vamos—insistió Millie—, los muchachos están esperando.

Jane fué hasta la puerta y retrocedió porque había olvidado algo.

—¡Oh, mi monedero!

—Sí—recomendó Julie—, no olvides tu monedero.

—¡Aprisa, Jane!

—Será algo de maravilla!

* * *

Efectivamente, la fiesta prometía ser muy lucida. Jane con sus dos caballeros entraba en los salones del Club, cuando un caballero desconocido se destacó hacia ella invitándola a bailar. Jane le recordaba apenas. Era un viajero que había entrado en el departamento del Tren Azul cuando se dirigía a Montecarlo, y con motivo de cuya repentina aparición y desaparición había creado toda una novela policiaca sus acompañantes de viaje. Jane le encontraba de físico agradable y el ligero misterio de que se envolvía no dejaba de interesarla un poco.

—¿Quiere decirme su nombre?—le preguntó Jane mientras bailaban.

—Por qué? Yo no le he preguntado el suyo—repuso el desconocido sonriendo.

—Porque usted lo conoce.

—No lo conozco ni tengo inte-

rés! ¿Qué importa que su nombre sea el de Mery o Suzzy, o el mío John o Jack?

—Es que a mí en realidad no me gusta bailar con una persona que no conozco.

—Siempre se baila con personas que no se conocen!

—Entonces no quiere usted decirme quién es?

—Si lo hiciera podrían cambiar sus sentimientos hacia mí.

—No experimento ningún sentimiento hacia usted.

—Ah, pero podía experimentarlo si supiera quién soy! Y eso sería lo peor.

—Es usted una persona peligrosa—exclamó Jane, que sentía un extraño atractivo por su pareja—; creo que será mejor que vuelva con mis amigos.

—No lo haga. No me gustan sus amigos.

—Ni a mí los suyos—respondió Jane, señalando a dos individuos que parecían seguir los pasos del bailarín y no le perdían de vista un momento.

—Esos no son mis amigos. Trato de escapar de ellos. Salgamos un poco al parque.

Jane se resistió levemente.

—No quiero alejarme de mis amigos. He prometido ir con ellos al Casino.

—Bien—accedió el desconocido separándose de ella—, dejéles a me-

dia noche y búsqueme. ¿No cree usted en mí?

—¿Y si le dijera que no creo ni en mí misma?—interrogó Jane, que sentía al lado de aquel hombre una extraña sensación.

—¿Cómo se atreve usted a desconfiar de la dama que está bailando conmigo?

—¿Cómo creer a la señorita que baila con un desconocido?—siguió bromeando Jane.

—Su mirada es muy clara.

—Con negros designios en lo profundo.

—Y una voz muy cálida.

—Como todas las mujeres frías.

—Encantadoras maneras.

—Temperamento de demonio.

—Una sonrisa de ángel.

—Los ángeles hablan con desconocidos en el parque?

—No, en realidad. Quiero decirle a usted algo de gran importancia.

—¿No dirá que me quiere?

—No.

—¿Prometido?

—Se lo juro. ¿Vendrá usted?

—No estoy segura.

—La esperaré. A media noche.

Muchísimas gracias...

Jane se quedó estupefacta de aquella seguridad y aquel aplomo. En realidad aquel hombre no se parecía absolutamente en nada a los que tenía habitualmente a su alrededor.

El coloquio había alarmado a sus amigos hasta un punto inconcebible.

Siempre temerosos de que algún nuevo pretendiente entrase en liza y pudiera derrotarlos, ponían en tensión todas sus facultades para impedirlo. Ya habían procurado, aunque sin gran éxito, averiguar su nombre. El desconocido figuraba en la lista del Club bajo el nombre de Willy Stepleton. Sabían también que pertenecía a una banda de aventureros, seguida de cerca por la Policía.

Esta fué la primera noticia que Jane recibió al acercarse a ellos.

—¿Por qué no han bailado?—les dijo la joven.

—Hemos estado admirándola, Jane—respondió Pedro.

—Esperándote a ti, querida—repuso Julie.

—Con algunos presentimientos—añadió Millie.

—¿Por qué?

—Por ese misterioso Willy Stepleton—reprendió Pedro gravemente.

—¿Y quién es Willy Stepleton?

—preguntó Jane sorprendida.

—La persona con quien estaba usted bailando—añadió Pedro.

—¿Ese es su nombre?

—Es como se hace llamar.

—¿Y cuántas cosas han descubierto respecto de él?

—Sólo que dos detectives le están siguiendo hace semanas.

—¿Dónde están esos dos detectives?

—¿Ninguna de tus alhajas ha desaparecido?—se inquietó Julie.

—Creo que no. ¿Por qué? ¿Es esa una de sus especialidades?

—Quizá la cultive como trabajo extraordinario para aumentar sus ingresos—comentó incisivamente Millie.

—Sí—afirmó Guy—, había algo que estropeaba la línea de su trabajo..., debía ser un revólver.

—¿Qué hora es?—preguntó de pronto Jane, que parecía absorta en un pensamiento.

—Las diez y media—respondió Julie.

—¿No vamos a ir al Casino?

—¡Ah, sí, desde luego!—accedieron todos encantados de complacer a Jane en un capricho o en una simple indicación.

Aquellas indicaciones habían aumentado el interés de Jane por encontrarse con el desconocido. Como le había prometido, a media noche, aprovechando un descuido de sus acompañantes, que más bien parecían sus guardianes, se dirigió al parque. Stepleton parecía esperarla

en el mismo sitio donde habían charlado aquella tarde. Tenía la misma sonrisa, un poco displicente, la misma mirada acerada, la misma corrección irónica.

—¡Señor Stepleton!—exclamó Jane al llegar a su lado.

—Ya ha descubierto usted mi nombre, ¿eh?—sonrió el desconocido.

—¿Es su verdadero nombre?

—No—dijo él tranquilamente—; confieso que, en efecto, no lo es.

—Me gusta su sinceridad. Pero escúcheme: ¿Por qué me pidió que viniera aquí?

—Para aconsejársla—repuso él con tono grave—. Escuche lo que nadie le diría... Yo sé quién es usted. Sé lo que es usted y lo que son sus amigos... Usted ha venido aquí a hacer una fortuna... jugando o sea como sea... Reflexione un poco, vuelva a su casa..., vuelva a su ciudad natal o a su pueblo.

—¿Por qué?

—Porque el dinero no vale lo que va usted a dar por él—y después de una meditación, que marcó hondas huellas en su frente, añadió—: ¡Es horrible ser rico!

—¿De veras? ¿Por qué?

—Si fuera rica no dejaría ningún deseo insatisfecho. Podría realizarlos todos.

—¿Todos? Seguramente no—suspiró Jane.

—Sí, todos. Y no la querían únicamente por usted, sino por su

cuenta corriente. No vaya detrás del dinero.

—¿Sabe lo que creo?—repuso Jane mirándole, detenidamente—, que es usted un grandísimo hipócrita.

—Siento haberla advertido; pero estoy seguro de lo que he dicho.

—Aborrece usted el juego y el dinero?

—El dinero es un castigo..., y el juego..., bien. A veces también tengo suerte.

—Dando esquinazo esta noche a esos dos detectives, ¿no es suerte?

—Eso es milagroso.

—Y quitándole a alguien su portamonedas... ¿es suerte?

—Es un atrevimiento.

—Y encontrándose con un buen puñado de billetes, ¿también es suerte?

—Es una casualidad.

—Creo—dijo Jane tranquilamente—que la razón de que usted desprecie el dinero es porque no lo gana... Usted lo roba...—y a un movimiento del desconocido, añadió—: ¡Oh, perdón que le hable tan claro! Pero supongo que usted será sincero conmigo. Usted ha salido del Club ahora por huir de aquellos dos detectives, ¿no es cierto? No lo niegue. Le estaban siguiendo desde que llegó.

—Usted es de los que disparan. Y lleva revólver. No lo niegue tampoco.

—Suponiendo que sea verdad



—¿Cómo se atreve a desconfiar de la dama que está bailando conmigo?



—¿Pero qué haces? Nos ha costado mucho trabajo ganarlo.

—Ya se lo devolveré a ustedes mañana.

—dijo sonriendo el desconocido—, ¿tiene miedo de mí?

—No.

—¿Por qué ha venido si suponía todo eso?

—He venido porque...—Jane vaciló un instante y después le miró decidida—. ¡Bien, quiero ayudarle a escapar!

—¿Cómo?

—¿Cuánto dinero necesita?

—Pues, yo...—balbució sorprendido el desconocido.

Jane sorprendió en el jardín las dos sombras de los hombres que les seguían constantemente:

—¡Oh, mire—dijo a su interlocutor—, allí están los dos detectives!

—¿Dónde?

—Allí—señaló Jane—. Vámonos... Apóyese en mi brazo... Y no me ponga cara de asesino. Le llevaré el Casino y volveré dentro de dos minutos...

Jane se alejó, seguida por la mirada entre divertida y estupefacta del desconocido.

Guy y Pedro habían estado acechando todo lo que hacia la pareja. Desde que se había alejado de su lado todo era inquietud en sus corazones, hasta resolverse al fin a seguir a Jane al jardín a cierta distancia, pues ya sabían cuánto ofendía y molestaba a Jane el sospechar que era vigilada.

—¿Ha visto usted algo?—pregun-

taba Pedro a Guy entre las densas tinieblas que cubrían el parque.

—No.

—¿Ha oído algo?

—No.

—¡Mire!—exclamó de pronto Pedro señalando a un ángulo.

—¿Qué?

—Allí están!

—¡Oh, vamos!

—¡Un momento!—dijo una voz energética a sus espaldas, y Pedro y Guy se sintieron sujetos por dos manos vigorosas.

—¿Quién son ustedes?—preguntó Pedro altivamente.

—¿Qué quieren ustedes?—interpeló Guy.

Los detectives enseñaron sus insignias:

—Mire lo que somos.

—¡Sí, son detectives!—exclamó Guy, que siempre se enteraba de las cosas a última hora.

—A aquella señorita que ven allá—dijo Pedro señalando a Jane—está en peligro.

—No, señor, nada de eso—dijo uno de los detectives.

—No, mientras estemos aquí—afirmó el otro.

—De todos modos—decidió Pedro, intentando desasirse—, voy a hablar con ese hombre.

—También yo—afirmó Guy.

—Vamos—dijo, empujándoles uno de los detectives—, muévanse ustedes.

—¡Suélteme!—protestó Pedro—,

usted no puede hacer eso conmigo!

Pero indudablemente podía hacerlo, puesto que a pesar de sus vivas protestas, el detective no le dejó avanzar ni un solo paso hacia el desconocido que había salido detrás de Jane.

* * *

La joven se dirigió directamente a la sala de juego. Allí, ante sus puestas, y teniendo delante dos hermosos montones de billetes de Banco, se encontraban Millie y Julie muy satisfechas de sus ganancias. Jane entró como un torbellino, y sin decir palabra cogió ambos montones, mientras decía sonriendo amablemente a sus amigas:

—Gracias... gracias...

Las dos aventureras se quedaron viendo visiones.

—¡Ah! ¿Pero qué haces? Nos ha costado horrores ganarlo—dijo Julie, que veía escaparse sus libras hacia un horizonte desconocido.

—Sí, encanto—dijo Millie sin perder su amabilidad—, creí que se había decidido que fuera para nosotras.

—Así es—les tranquilizó Jane—, ya se lo devolveré a ustedes mañana.

—¿Tú sabes cuántos billetes había?—preguntó Julie a Millie apenas Jane había desaparecido con la misma prisa que entró.

—No. No he tenido tiempo de contarlos.

—¡Qué delicia!

Jane se había precipitado con igual turbulencia al encuentro del desconocido, que la esperaba sonriente.

—Oiga—le dijo al verse de nuevo a su lado—, ya sé exactamente lo que le ocurre.

—¿Usted?

—Sí, yo. Usted está enloquecido; desesperado, atormentado, consumido por el terror.

—¿De veras? ¿Por qué?—preguntó tranquilamente él.

—Porque la Policía le persigue. Necesita mucho dinero. No se detendrá ante nada hasta obtenerlo. Pues aquí está. No necesita cometer un nuevo crimen. Aquí tiene unos billetes.

Jane puso entre las manos del desconocido el fajo de billetes que había cogido de la sala de juego.

—¿Qué es esto?—dijo el desconocido mirándolos con sorpresa y llevando luego la mirada a Jane.

—Unas mil libras.

—¿Pero de quién son? ¿Dónde las ha robado?

—Es que me confunde con uno de los tuyos?—interrogó ofendida Jane.

—¿Las ha robado?—volvió a decir el desconocido muy inquieto—. Perdóname, tengo. Se las devuelvo.

—¡No sea majadero!—apremió Jane—, tómelo y lárguese pronto!

—La última pregunta—respondió

el desconocido: —¿Jura que no está enamorada de mí?

—Sí, señor.

—Entonces no quiero su dinero. Tenga.

—¡Qué tontería! Guárdeselo y no vuelva a verme nunca...

El desconocido se encogió de hombros, se guardó el dinero y se alejó del jardín como Jane le pedía.

Momentos después Guy, que había logrado burlar a los detectives, llegaba hasta ella llena de ansiedad:

—¡Jane!

—¡Guy! —exclamó ésta, volviéndose sorprendida. —¡Caramba! ¿Qué le pasa a usted? ¡Me ha dado un susto horroroso!

—¡Jane querida! —suplicó Guy—, estoy muy cansado!

—¿Cansado de qué?

—De todo el revoltijo que estoy viendo. Primero con un tipo y luego con otro. De no saber nunca si estoy con usted cuando no estoy con usted.

—Pero Guy..., si casi siempre estoy con usted...

—Sí; pero cuando no estoy, ¿dónde estoy? Eso es lo que necesito saber.

—Pues... —dudó Jane— yo le quiero a usted mucho.

—¿Y qué hay respecto de esos dos tipos?

—Les quiero también.

—¿Sí? —protestó Guy indignado—, pues yo no. Y tiene usted que

adoptar una resolución en este mismo instante. Y si es preciso la rendré aquí durante una hora.

—¡Guy! —exclamó Jane indignada.

—Bueno, media hora... —y señalando el salón, apremió—: usted entra aquí porque yo quiero.

—¡Oh, no! —afirmó Jane muy tranquila—, es usted el que entra aquí porque yo quiero!...

Pedro también venía a hablar con ella, lleno de afán y de inquietud.

—Jane, quiero decirle algo muy importante.

—Que me quiere...

—No quiere dejarme que se lo diga?

—No lo juzgo necesario.

—Todavía no me cree? —suplicó Pedro—. ¡Ah, es usted muy... muy cruel, Jane!...

—Tiene razón, Pedro —sonrió Jane—. Le creo.

—Gracias.

—Como creería a un violinista —continuó Jane implacable— que ejecutara su pieza favorita. Es un artista en la comedia del amor.

—No sabe usted cómo sufro, Jane! —exclamó Pedro con su acento más melodramático—. Ya no quiero pensar más si es usted rica o no. Ya no quiero esperar a que sea mi esposa, ¡quiero estrecharla entre mis brazos!

—¡Cuidado, Pedro! —advirtió Jane—, que puede vernos alguien!

—Entonces vamos a su habitación.

—¡Oh, no! Esta noche no. Estoy muy cansada y es muy tarde. Buenas noches.

—Esperaré toda la noche —afirmó románticamente él.

—Gracias, Pedro...

* * *

Jane entró pensativa en su habitación. Allí, sobre la mesa, estaba el retrato de Freddie, siempre serio, pareciéndole siempre echarle en cara con la mirada la posesión de aquella fortuna de la que ella no tenía la menor culpa. Allí estaba para tormento del enamorado corazón de Jane, que no podía olvidarle a pesar de todos sus esfuerzos para lograrlo.

—Lo ves? —decía al retrato—. Ellos siempre esperándome. No están a cien millas de aquí, espiando, cuando más falta me haces... ¡Idiota! —y sintiéndose más sola, más afligida que nunca, repitió con acento de súplica—: ¡Freddie! ¿Por qué no estás aquí esta noche?

Un chirrido sobre la ventana. Una silueta sobre el marco, y el desconocido que saltaba al centro de la habitación, dejando sorprendida —más que verdaderamente asustada— a Jane, que fué a él resueltamente.

—¿Cómo se atreve a entrar? ¡Pediré socorro!

—Usted sabe perfectamente que no lo necesita —dijo con su calma habitual el desconocido.

—¿A qué ha venido?

—A devolverle su dinero.

—¿Ya no lo necesita?

—No. He adoptado otra resolución.

—¡Todavía no se ha escapado!

—No. Porque juzgué que era más importante verla a usted.

—Pero no podía esperar hasta mañana?

—No. Tenía que verla esta noche... Mil libras es una cantidad muy grande para una niña. Ha venido para hacer una fortuna con ese dinero... —Jane intentó en vano protestar de aquellas palabras—. ¡Oh, —insistió el desconocido, sonriendo con suficiencia—, conozco su tipo... cree que no hay más que acertar un pleno con un número cualquiera y volver a casa con cien mil!

—Sabe mucho con respecto a mí? —preguntó Jane con ironía.

—Y sé algo más. Que es usted una excelente persona y que quisiera hacerla mi esposa... ¿Usted no quiere, no es cierto? —Jane negó dulcemente con la cabeza—. Recuerde —continuó el desconocido— que quiso ayudarme cuando creyó que estaba en un apuro... Escuche: esta noche he vuelto aquí porque... bien, siento que usted me necesita a mí mucho más que yo a usted.

—Pero —afirmó Jane— yo no le necesito para nada.

—¡Oh, ya lo creo! Usted está tan sola como yo...

El coloquio se vió interrumpido por la llegada de Pedro y Guy, que fieles a su propósito de no dejar en paz a Jane, habían sorprendido la presencia de un desconocido en su habitación.

—¡Jane! ¿Qué es esto?—exclamó Pedro entrando, y adoptando una actitud reprobatoria.

—¿Ves?—dijo a su vez Guy—. Yo tenía razón. Le dije que había oído a alguien.

—¿Quién es este hombre?—volvió a apremiar Pedro.

—Sí—insistió Guy—, ¿qué está haciendo aquí?

Jane salió al encuentro de los dos amigos profundamente indignada.

—¿Cómo se atreven a entrar en mi habitación?—exclamó colérica—. ¿Quién les ha autorizado a expiar me? Buenas noches. Y que no vuelva a ver a ninguno de los dos.

Pedro y Guy se inclinaron fríamente, sintiéndose heridos en lo más vivo de su amor propio.

—No lo tema usted, señorita Benson—afirmó gravemente Pedro.

—¡Oh, no! ¡Pero hombre!—tarantumó Guy—. ¡Digo, no faltaba más!

—Jane Ben...—murmuró pensativamente el desconocido cuando los otros dos hubieron salido de la habitación.

—Será mejor que se vaya también, antes de que avise a la Policía

—le dijo Jane de mal talante.

—No será verdad que es usted Jane Benson—repitió el desconocido como si no hubiera oído sus últimas palabras.

—Sí, es verdad que yo soy Jane Benson.

—¿La niña de oro?

—Sí; la niña de oro.

—¿La de los dieciocho millones?—insistió el desconocido.

—La de los dieciocho millones.

—¿La cenicienta del Sur?

—Sí; la cenicienta del Sur.

El desconocido lanzó una carcajada estentórea, que le puso completamente rojo.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Qué es eso?—preguntó Jane ofendida—. ¿De qué se está usted riendo? ¿Por qué se ríe de mí?

—No me río de usted—afirmó el desconocido—, me río de mí mismo... el gran psicólogo, el genio que..., que la confunde con una vulgar aventurera, que ofrece sus últimas mil libras a un ladrón desconocido... Y resulta que es usted... el milagro del siglo "La niña de oro".

Bueno, ya voy a revelarle también mi desgraciada personalidad: Yo soy "El niño de oro"—y el rostro del desconocido tomó una singular expresión afligida... El joven de los cincuenta Roll's Royce, el de la sensacional serie de noviazgos deshechos, que le han costado cada uno diez mil libras más que los anteriores.



Y Jane Benson, ante la actitud lastimera de su pretendiente estúpido, aceptaba la cita de John.



—No—decidió Jane—; él está en Suiza, y voy a instalarlo allí... sea como sea.

—Por lo que más quiera—suplicó el millonario—, procure que "no sea"

—¿Pero de qué está usted hablando?—preguntó Jane sin salir de su asombro.

—¿Ha oído usted hablar de sir John Flight?

—Todo el mundo le conoce. Es el hombre más rico de Inglaterra.

—Pues soy su hijo y heredero —afirmó el desconocido—. El más indigno hijo de un indigno padre... El príncipe heredero del reino del jabón.

—Entonces tiene usted mucho más dinero que yo.

—Sí. Y soy mucho más despreciable que usted.

—Es muy fácil para usted—dijo Jane melancólicamente—odiar el dinero de ese modo, porque no sabe lo que significa la pobreza... Pero yo sí. Usted siempre ha podido comprar todo lo que ha necesitado—la voz de Jane tomó un tono velado de interiores lágrimas, que le traían el recuerdo de su vida pasada—; pero yo he tenido que sufrir, economizar, desear y quedarme sin nada. Y considero que es algo grande poder comprar... ¡Grandioso!—acentuó—. La pobreza es opresora. Es una cosa muy fea.

—¡Pobre Jane Benson!—exclamó compasivamente el millonario—. Ahora que puede usted comprar todo lo del mundo, ¿hay algo en el mundo que quiera usted comprar? ¡No! La pobreza es triste; pero tener demasiado dinero, como tenemos nosotros, es odioso.

—¡Oh, no predique!—dijo Jane de mal humor—. Ya he oído bastantes sermones de otro hombre.

—¿Un amigo suyo?

—Sí.

—¿Aún lo es?

—No.

—¡Ahí tiene usted! Cuando se posee demasiado dinero como nosotros, no se pueden tener amigos leales y desinteresados. ¿Esos dos hombres que acaban de entrar ahora eran amigos?

—Sí—respondió Jane—; el barón de Altamira y lord Carstaire.

—Exacto —afirmó el millonario con una sonrisa triunfal—. Dos gigolos conocidísimos en Europa. Los hombres menos indicados para que la acompañen a usted. ¡Pobre niña, está condenada a gigolos para el resto de su vida!

—¡Le odio!—exclamó airadamente Jane dirigiéndose a él—. El dinero le ha envenenado hasta el extremo de que no cree en nada ni en nadie.

—Tal vez tenga razón—afirmó el millonario con una sonrisa melancólica—. Me he envenenado sin duda. Pero ¿qué puedo hacer? Con dos detectives siguiéndome, por un lado, y mujeres que sólo buscan mi dinero, ¿tiene algo de extraño que haya perdido la fe en los humanos? Dígame, sinceramente: ¿sigue creyendo que es una gran cosa tener mucho dinero?—y a un gesto de indecisión de Jane insistió—: ¿lo cree?

—No estoy segura. Rechazo esa idea; pero a veces pienso que tal vez tenga razón... ¡En Yorkshire, en esa triste y horrenda tumba de casa! Sin otra cosa a mi alrededor más que pobreza y miseria, creía que únicamente el dinero podía concederme... el hacer un viaje a la luna.

—Pero usted no puede ir sola a la luna. ¿Quiere que vayamos juntos?

—¿Juntos? —preguntó Jane sorprendida.

—¿Por qué no? Soy el único hombre que puede quererla por usted misma. Usted es la única mujer que puede quererme por lo que soy y no por lo que tengo...

—El amor no se inspira por lógica—protestó Jane.

El millonario se dirigió a la mesita donde estaba el retrato de Freddie y se le quedó mirando atentamente.

—¿Quién es este tipo? —preguntó.

—El hombre que rehusó casarse conmigo.

—¿Por qué?

—Porque dijo que tenía demasiado dinero.

—¡Ah, sí, me había olvidado! ¿No era un triste médico del pueblo o algo parecido?

—Sí... fué un modesto doctor de aldea.

El tono de voz con que Jane pronunció estas palabras hizo levantar los ojos al millonario, que se la quedó mirando sonriente:

—Todavía le quiere mucho, ¿eh? Y él ¿la quiere a usted?

—No lo sé.

—¿Y qué va usted a hacer? ¿Morir de dolor en la soledad?

—No—decidió Jane—; él está en Suiza, y me voy a instalar allí... sea como sea.

—Por lo que más quiera—suplicó el millonario—procure que “no sea”.

IX

Pero Jane se había determinado. Los últimos acontecimientos le habían dicho más claro que nunca que Freddie era la única felicidad que—con dinero o sin dinero—le interesaba en el mundo.

Hizo, pues, sus maletas. Allá detrás quedaron Millie, Julie, sus dos gigolos, que habían decidido resarcirse del fracaso eligiendo otras novias de las muchas que figuraban en sus listas respectivas y toda la

vida fácil, toda la vida frívola anterior.

Iba al encuentro de Freddie porque el doctor era toda su vida. ¿Para qué continuar luchando? ¿Qué objeto tenía intentar el llenar su vida con aquellas cosas si el verdadero fin de ella estaba lejos, en un sanatorio de Suiza, trabajando por el porvenir? Sin Freddie, ¿qué valor tenían sus dieciocho millones?

Una mañana, en que la nieve resplandecía al sol como una catarata de diamantes irisados, Jane hizo su entrada en el sanatorio. Era tan corriente la llegada de clientes bonitas, que venían sin más aspiración que ser atendidas por el doctor Jarvis de sus imaginarias dolencias de millonarias mimadas, que a nadie extrañó la llegada de una nueva cliente. Así, al dirigirse a una enfermera y preguntarle por el doctor Jarvis, la empleada puso un gesto malicioso para responder:

—¡Hum! El doctor Jarvis no tiene consulta hoy. Pero puede ver si quiere al doctor Gliber.

—No, gracias —rechazó Jane—, es al doctor Jarvis a quien busco yo.

—Claro —sonrió condescendiente la enfermera—, es natural, made-moiselle!

—¿Por qué es natural?

—¡Oh, porque el doctor Jarvis es hoy nuestra... estrella de turno!

—¿Estrella de turno? —dijo Jane asombrada.

—¡Oh, si es el doctor más famo-

so de la casa! Todas las señoras quieren que las vea él.

—¡Oh! —hizo Jane de mal humor—. ¿Quiere usted decirme dónde vive?

—Aquí cerca, en un chalet. En el número—y la enfermera consultó al fichero—54 de Souvret... Pero le diré a usted... Tal vez le encuentre en el dispensario... Está en esa sala de enfrente.

—Gracias —dijo Jane, dirigiéndose en la dirección que le había indicado la enfermera.

Cuando Jane entró en la sala del dispensario las clientes hacían cola por los pasillos. Todas se hacían lenguas de aquel doctor Jarvis maravilloso, que sabía acertar con sus dolencias a la primera ojeada y que siempre recetaba aquello que resultaba más acertado... y más agradable.

—¡Jarvis es divino, querida, divino! —decía una extática.

—Ya lo sé —afirmaba su interlocutora—, cuando me toma el pulso siento escalofríos.

—Lo que más me gusta —añadía otra— es cuando mira fijamente hasta el fondo de los ojos.

—¿Qué atractiva es su expresión cuando sonríe!

—¿Y cuándo te ha sonreído a ti? —interpelaba la otra celosa.

—Hace unos quince días.

—¡Oh, qué tontería!

—Es cierto. Le dije que me dolía

el lumbago de la pierna, y me dijo que era muy graciosa.

—Sí; dice las cosas más rudas de una manera delicadísima... Yo le pregunté qué debería tomar para mi dolor de cabeza, y me aconsejó: "No beba".

—¡Oh, qué divino! Freddie era completamente ajeno a las adoraciones que despertaba a su alrededor. Demasiado abstraído en sus propios pensamientos, podía decirse que no se daba cuenta de lo que no fueran sus estudios o sus pensamientos íntimos. Hasta tal punto llegaba esto, que al entrar en su despacho no reconoció a Jane, que le miraba sonriendo, y se dirigió directamente a su mesa buscando unos papeles, a tiempo que saludaba creyendo que Jane fuera su enfermera de guardia.

—Frau Bluntschli.

—Jawohl Herr Doktor.

—¡No quiero que toque mi mesa! —protestó Freddie de mal humor porque no podía encontrar los papeles que buscaba.

—Jawohl Herr Doktor —repitió Jane.

—Jawohl Herr Doktor... Jawohl Herr Doktor... —repitió Freddie cada vez de peor talante—. ¿Cómo se atreve usted a revolver mi mesa...?

—Jawohl Herr Doktor... —dijo de nuevo Jane, que no sabía decir otra cosa en alemán.

Aquella insistencia hizo levantar los ojos a Freddie y fijarlos en la jo-

ven. Una sonrisa radiante apareció en sus labios a tiempo que sus manos se estrecharon con emoción.

—¡Jane!

—¡Freddie!

—¡Qué alegría verte aquí! —y llevándola con él a un rincón de la salita la miró encantado, encontrándola todavía más bonita que cuando había dejado de verla

—Igual que en otros tiempos...

—exclamó Freddie—; ya habrás olvidado al viejo Yorkshire... Has recorrido todos los clubs nocturnos de París y Montecarlo con lores y marquesas y altos personajes... He seguido tu curso.

—Yo —sonrió Jane— no hice más que seguir tu consejo... Fuiste tú quien me aconsejó que me divirtiera.

—Sí... ¿Y te has divertido mucho?

—¿No sobra la pregunta? ¿Qué imaginas que he estado haciendo aquí?

—¿Qué has estado haciendo?

—¡Oh! He ordenado tu mesa.

—¿Tú has hecho eso?

—Jawohl Herr Doktor.

Ambos jóvenes irrumpieron en una alegre carcajada.

—¿Qué atrevimiento! —exclamó Freddie encantado.

—Freddie —insinuó Jane con voz más íntima—: ¿no crees que ya deberíamos también ordenar tu vida... y la mía?

Freddie la miró con expresión grave.

—Jane querida, escúchame... Tú has cambiado mucho desde que dejaste Yorkshire, pero yo no; yo siempre soy el mismo: un oscuro doctor.

—¡Un oscuro doctor! —protestó Jane. —¡Tú eres la estrella de turno!

—¿La estrella de turno?

—Así te llaman en el sanatorio, ¿no es cierto? Donde todas las señoras insisten en que las vea el divino doctor Jarvis... y sienten escalofrío cuando las toma el pulso... ¡Oh, sí! Las enfermeras me lo han dicho. Y los llamados "pacientes" en el llamado "dispensario" hablan de la vida de noche en Montecarlo.

—¿Y quién tiene la culpa de que yo esté metido aquí...? —protestó Freddie. —Tus malditos millones... Soy una especie de perro de aguas, no un doctor. Aquí no hay un solo enfermo de veras.

—¿Y por qué no te vas?

—Porque —vaciló Freddie—, porque tengo un contrato.

—¡Tienes un contrato! —protestó Jane celosamente. —¡Porque te gusta! Te gusta verte adulado y admirado por todas esas mujeres tan "inteligentes".

—Eso no es cierto!

—Pues si no es cierto, ¿por qué me desprecias otra vez?

—Eso no es verdad.

—Sí que es verdad. En cuanto te he insinuado que debíamos ordenar nuestras vidas juntos no has hecho más que vacilar y tartamudear, bus-

cando excusas. Bien. Tú ya no me quieras. Continúa viviendo con tu bulliciosa sociedad de hipocondríacos. Eres tú el que ha cambiado, no yo. Adiós...

Y Jane, sin esperar la respuesta de Freddie, salió de la habitación.

En la salida la esperaba John, el millonario, que la había seguido hasta Suiza con la esperanza de que aquel asunto se desarreglase y él pudiera llegar con Jane al resultado que tanto anhelaba.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —le dijo ella al verle.

—Esperando el veredicto.

—¿Qué veredicto?

—El resultado de la vital entrevista de usted con el doctor Jarvis. Y deduzco, por su expresión, que no ha tenido gran éxito.

—¡Es un hombre imposible! —exclamó Jane indignada.

—Pues mándele a paseo. Olvídelo usted. Trate de cambiar la escena.

—¿Qué escena?

—¿Qué le parecería un viaje a Italia?

—¿Por qué Italia?

—Porque Italia es el país que puede de hacerle olvidar sus tristezas. Es el país en que usted se enamorará de su compañero de viaje.

—¿Por qué me dice usted eso? —preguntó Jane preocupada.

—Porque se ha comprobado cientos de veces. Hágalo y verá.

—Sí. Creo que lo haré.

Y Jane emprendió otra vez la re-

tirada hacia el despacho de Freddie.

—¿Dónde va usted? —preguntó John alarmado, deteniéndola.

—A buscar a mi compañero de viaje —respondió Jane desasiéndose.

* * *

Freddie se había quedado muy preocupado con la marcha de Jane. Le parecía que esta vez aquella despedida era definitiva y que la muchacha, defraudada por su actitud exclusivamente irredimible, no volvería más a intentar una reconciliación. Al verla aparecer de nuevo la esperanza se iluminó en su corazón, y esta vez se decidió a no dejarla escapar tan fácilmente de su lado.

—¡Hola! —le dijo sencillamente al verla aparecer.

—Freddie —suplicó Jane—, es estúpido que discutamos... y estoy muy apenada.

—No —interrumpió Freddie—, soy yo quien debe disculparse. Yo, que me he comportado como un animal.

—Freddie, si tú crees que seríamos desgraciados por culpa de mi dinero, ¿por qué no hacemos un experimento con el tuyo?

—¿Qué clase de experimento?

—No recuerdas que prometiste llevarme a Montecarlo?

—En mi vida me ha interesado Montecarlo.

—Vamos a Italia —decidió Jane.

—¿A Italia? Siempre había deseado ir allí. Pero no a la Italia que tú

sueñas. Tú sólo piensas en fiestas y diversiones y en vestidos para ir al Lido. Si fueras conmigo irías en segunda clase.

—¡Oh, no, Freddie! —protestó Jane.

—Tú no vas si no es en primera, ¿verdad?

—No, en tercera. Y no quiero gastar más de cien liras.

—¡Ah, te entiendo! Te crees que cuando estemos solos harás lo que te parezca. Pero este viaje lo hacemos a mi modo o no hay nada de lo dicho.

—Jawohl Herr Doktor.

—No será muy divertido para ti —insistió Freddie con cierta complacencia sarcástica—. Visitaré todos los museos, todas las galerías de pinturas y todas las iglesias.

A todo iba accediendo Jane. Freddie oponía los últimos obstáculos: la fatiga que un viaje en esas condiciones produciría en Jane, la opinión de la gente ante una extravagancia semejante... Jane a todo daba una solución conciliadora. Se haría el viaje...

Una vez convencido Freddie, Jane adquirió los informes más precisos y minuciosos que le fué posible de su amigo John, que en vista de que ella no quería acompañarle, estaba dispuesto por lo menos a facilitarle el medio de conseguir su felicidad con Freddie..., aunque en el fondo no estaba muy seguro de que pudiera lograrlo.

—Lo que debo procurar—había dicho ella—es que el viaje sea lo más largo posible. Yo creo que Italia nos ayudará. ¿No lo cree usted?

—Les ayudará—dijo John con un cierto dejo melancólico—. Y yo soy el loco que les dió la idea.

—Estuvo verdaderamente inspirado...—Jane se echó a reír y repasó su itinerario—Padua, Florencia, Venecia, Roma, Nápoles... Nápoles

Se hizo el viaje. Y fué radiante. Jane en su papel de mujercita económica se multiplicaba para que las liras salieran en cantidad mínima del bolsillo de Freddie. Los viajes en tercera. Hoteles de tercer orden y siempre sujetos a la tarifa turística de "Viajes de novios". De esta manera un tanto por ciento crecidísimo iba a parar al previsor bolsillo de Jane, que no cabía en sí de gozo.

No era lo mismo para Freddie, a quien aquella superchería escandalizaba altamente. Si no eran matrimonio, ni siquiera novios, ¿por qué aprovecharse de aquella tarifa reducida para "recién casados"?

—Jane—le dijo al fin, cuando ya se encontraban en la última etapa de su viaje—, ya va siendo hora de acabar.

es la última estación y allí ya habré ganado.

—Espero que no.

—Estoy segura de que ganaré.

—¿Por qué está usted tan segura?

Jane con un gesto triunfal le enseñó el itinerario.

—Fíjese en este mapa. Nunca hubiera creído que Italia fuese tan grande...

X

—¿Con qué, querido?—preguntó dulcemente Jane.

—¡Con el "viaggio di nozze" di choso! Con el fin de pagar menos a los cocheros, a los mozos, a los tenderos, a los peluqueros, dices "viaggio di nozze".

—Es para ahorrar, Freddie.

—Aquí no hay "viaggio di nozze" que valga. No somos dos recién casados. Hemos engañado a toda esta gente.

—¿Pues qué querías que hubiese dicho, que somos hermanitos?

—Debes decir la verdad. Que somos dos compañeros de viaje.

—Pero ellos no son ingleses. No lo comprenderían.

—Pues di que estamos casados hace diez años.

—Y eso sería decir la verdad?

—Está bien. Entonces no les digas nada.

La góndola surcaba las aguas azules del Adriático. En la proa el gondolero con su larga pértiga los conducía a lo largo de los muelles poéticos. Era una maravilla de color y de ritmo que embriagaba el alma. Venecia, la Dogaresa, extendía ante ellos su perezosa silueta de oro.

—¿No querías que supiera economizar?—preguntó al fin Jane con aire de niña arrepentida.

—Sí; pero no engañando a la gente. Tener cuidado es una cosa, y ser un par de tacafios es enteramente otra.

El gondolero sonreía oyéndolos. No los entendía; pero por el acento comprendía que habían empezado a discutir.

—Bien, bien—les decía con tono alentador—. Eso es bueno. Después de una discusión los besos saben mucho mejor.

Jane se inclinó hacia Freddie y señaló al gondolero.

—Estás destrozándole el corazón... ¿No lo pretenderás, verdad?

—Pretender qué?

—"Viaggio di nozze" Finjamos que lo es, ¿quieres?

—Lo probaré...

—¿No estás triste?

—¿Por qué?

—Finge, Freddie..., ¿no te entrás

tece haberte casado conmigo? ¿Tener una mujercita tan insignificante?

La tarde tenía una influencia emocional que ganaba el corazón del médico, ya muy inclinado a rendirse a tantos hechizos.

—Nada de eso—murmuró inclinándose hacia Jane—, eres una mujercita adorable, sencillamente adorable...

Jane se separó un poco de él con coquetería.

—¿De veras?

—Te adoro! —murmuró Freddie vencido.

—Y me querrás siempre?

—Siempre.

—Me querrás aun cuando sea viejecita, muy viejecita, con los cabellos blancos?...

—Te querré eternamente!

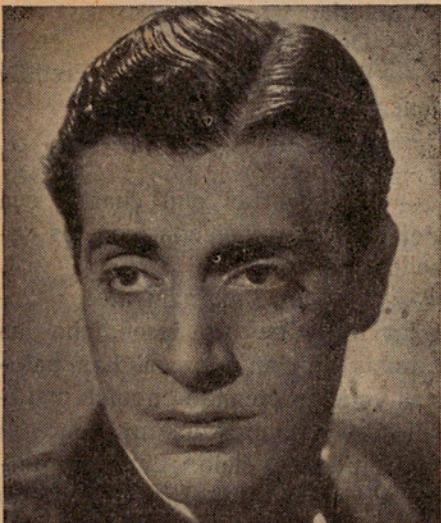
La tarde de oro incendiaba las cúpulas de San Marcos. Las palomas volaban creando círculos maravillosos y nimbo de luz sobre el azul nítido del cielo. ¡Era un prodigo Venecia, y John había acertado plenamente al aconsejarle aquel viaje de amor y de ilusión!

Jane se inclinó hacia Freddie. Sus ojos se cerraron al encanto de amar. Aquel amor soñado durante tantos meses y que había llegado a considerar perdido... Tañeron en la altura prodigiosos carrillones de alegría...

—Un beso... FIN

ANTONIO CASAL

En la histórica ciudad de Santiago de Compostela, bajo las brumas gallegas, vino al mundo nuestro popular astro de la pantalla española el día 10 de junio de 1910. Cuenta,



pues, Antonio Casal en la actualidad treinta y tres años.

Ya desde pequeño mostró el protagonista de "Huella de luz", una ostensible inclinación a procurar distraer a sus infantiles amistades; y a tal grado llegó su popularidad en tal aspecto, que en el colegio sus condiscípulos se disputaban su compañía, porque junto al hoy famoso

galán de cine decían pasarlo divinamente por nada de dinero. Fruto de esta inclinación fué un interés manifiesto por el teatro y luego después por el cine, aquel cine incipiente e imperfecto, pero que subyugaba maravillosamente a la grey infantil. De tal manera, que Antonio Casal llegó a ser objeto de serias reprimendas por parte de sus padres y de sus profesores porque descuidaba los estudios que era un primor. Hubieron de imponerle grandes castigos, que no hacían sino acrecentar esa afición avasalladora que Casal sentía por el teatro.

Cierta vez, y por consecuencia de un serio correctivo, Antonio Casal escapóse de la casa paterna y con treinta y cinco céntimos por todo capital, encaminóse a escondidas en un tren de pescado, dispuesto a llegar a Madrid. Contaba Casal a la sazón la edad de trece años. En Lugo la Policía, que estaba avisada de aquella fuga, interrumpióle tan magnífico "raid" devolviéndole al hogar.

En 1928 trasladóse a Madrid definitivamente con su familia, y una vez en la Corte respiró a pleno pulmón: estaba en su ambiente.

Frecuentó tertulias de artistas y gente de teatro, y pronto la simpa-

tía de aquel muchacho, lleno de optimismo, prendió en sus contertulios. Tuvo muchos amigos, y hasta uno de ellos le recomendó para entrar como meritorio en el teatro de Maravillas. No pudo entrar con peor pie en los dominios de Talia, ya que a los siete días justos de incorporarse a aquella compañía, dióse por concluída la temporada.

No mucho tiempo después se contrató para provincias con diez pesetas de sueldo diarias, pero estaba visto que la ocasión para medrar se le mostraba esquiva: a los muy pocos días la compañía regresó como pudo a Madrid y Casal, sin un céntimo en el bolsillo, arribó a la villa y Corte.

Formó parte de los elencos de Manolo París, Ana Adamuz y Casimiro Ortas; por cierto que con éste se le dió el caso curioso de que le aconsejara lealmente que se dedicase a otra actividad, pues en el teatro no tenía nada que hacer.

Aquel consejo de quien tenía autoridad en la materia le llegó tan a lo vivo que, decepcionado, desistió de los escenarios y se puso a trabajar como ayudante de un cuñado suyo que ejercía como aparejador de obras.

Sorprendióle la guerra en Madrid, y durante algún tiempo formó como galán en la compañía que por aquel entonces acaudillaba Gaspar Campos en el teatro Infanta Beatriz.

Al finalizar la contienda contratóse como racionista, con tres duros diarios, en la compañía de Társila Criado y Jesús Tordesillas. En seguida ascendió a galán cómico, y entonces le invadió un nuevo temor: llegó a creer seriamente que el público se reía de él y no con él.

En Barcelona estrenó, en la compañía de Marcos Redondo, la zarzuela "Monte Carmelo". Después, conocido por María Fernanda Ladrón de Guevara, pasó a la compañía de ésta para intervenir en "La madre guapa". Haciendo en Madrid esta comedia fué cuando Florián Rey se fijó en él, e *ipso facto* le encargó de un papel importante en "Polizón a bordo", donde arranca el comienzo de su carrera cinematográfica.

Después, contratado por "Ufisa", tomó parte en "Pepe Conde", a las órdenes de López Rubio; luego en "Para ti es el mundo", con José Busch.

A continuación, el director Rafael Gil eligióle como protagonista de su primer película larga "El hombre que se quiso matar", a la que siguieron "Viaje sin destino" y "Huella de luz", con el mismo director. Esta última alcanzó el galardón del premio del Sindicato Nacional del Espectáculo. Después Ladislao Vadja, el reputado director húngaro, le dirigió en el rol principal de "Doce lunas de miel" y en el de "Mi novio el emperador".

Tiene una afición irrefrenable a la Fiesta nacional, hasta el punto que más de una vez ha tomado parte en taurinos festivales benéficos matando toros. Aunque se considera un torero de poco mérito, a veces sus innumerables triunfos le han valido el título de "El que no conoce a su toro". En las corridas de toros de Madrid, se le considera un torero de poco mérito, a veces sus innumerables triunfos le han valido el título de "El que no conoce a su toro".

do con insuperable estilo becerros adelantados.

Es soltero; ojos pardos; cabello castaño, y mide 1,75 de estatura.

CURIOSIDADES CINEMATOGRÁFICAS

Irene, la magnífica película musical ya estrenada en España, fué supervisada por Phil Reiman, quien realizó idéntica misión en *La familia Robinsón, Mamá a la fuerza, Tú y yo y Sospecha*.

* * *

En el Conservatorio del Liceo de

la pantalla en 1908 como galán joven. Por aquel entonces rodó *Romeo y Julieta, En busca de la fortuna, El perfecto amor*. Pero hasta el advenimiento del cine hablado, no alcanzó sus grandes éxitos, que culminan en *Siete días en el otro mundo, El rey burlón, La muchacha de Moscú, El secreto del marqués, Los novios y Una familia imposible*.

En el Conservatorio del Liceo de Barcelona existe una Escuela para formación de artistas cinematográficos. Las clases son bisemanales en los días martes y jueves. El cuadro de enseñanzas es a base de lecciones teóricas y prácticas, visitas a los Estudios cinematográficos y salas de doblaje y proyección, y como fin de curso el desarrollo de una película.

Jean Pierre Aumont, el conocido actor francés contratado en Hollywood por la Metro Goldwin Mayer, contraíó matrimonio con María Montez, actuando de padrinos de boda Charles Boyer y Janine Crispin. Poco después Jean Pierre Aumont partía rumbo a Inglaterra para incorporarse al Ejército francés.

Armando Falconi, el gran actor del cinema italiano hizo su debut en

Los premios otorgados por la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood, correspondientes a 1943, lo han sido a *Casablanca*, como la mejor película; Jennifer Jones, como a la mejor actriz, y Paul Lukas como el mejor actor. Jennifer Jones es una nueva estrella que ha merecido tal galardón por su trabajo en *La canción de Bernardette*, película inspirada en los milagros de Lourdes. Paul Lukas debe el premio a su interpretación en el protagonista de *Vigilancia sobre el Rhin*.

Y ya nos referimos a *Casablanca*, consignemos que es una producción de Hal B. Walio, interpretada por Humphrey Bogart, Ingrid Bergman y Paul Herin, y dirigida por el nombrado Michael Curtiz.

Armando Calvo, que en *El escándalo* se ha revelado como uno de los valores positivos del cine español, será el protagonista masculino de *Titanes de África*, película que ha cambiado por éste su anterior título: *Meseta de sangre*.

* * *

Riscos blancos, la más reciente película de Irene Dunne, lleva como protagonista masculino a Alan Marshall, uno de los mejores actores del momento actual.

* * *

Antonio Román, el reputado director de *Lola Montes*, estuvo a punto de ser un no menos afamado farmacéutico, y no lo fué, con gran disgusto de su padre, que le deseaba ver investido del grado de doctor en Farmacia. Pero, gracias a su afición por el cine, salvó el escollo de la autoridad paterna, y hoy tenemos que agradecerle tal decisión.

* * *

Tyrone Power, el protagonista feliz de *Suez*, está casado con Annabella, la no menos famosa actriz francesa, y viven contentos y felices desde el 24 de abril de 1939, día en que contrajeron matrimonio.

* * *

¿Se acuerdan ustedes de Nils Asther, el protagonista que cobró jus-

ta y merecida fama en *Las amarguras del general Yen*? Pues ahora, después de un eclipse, afortunadamente sólo temporal, reaparece en una película que dirige Ralph Murphy, y actuarán con Nils Asther nada menos que la preciosa Helen Walker y el actor y director alemán Reinholds Schunsel.

* * *

Usted, querido lector, debe saber que Jesús Tordesillas, ese magnífico actor del cine español, fué, antes que el teatro le arrebatara, un probo y perfecto empleado de Banca; y a no ser por su afición al arte de Talía, hoy le admiraríamos como alto empleado del Banco Español de Crédito.

* * *

El primer paso hacia el estrellato lo dió Rosalind Russell con el rol de *Código secreto*, y su padrino de alternativa en este caso fué William Powell.

* * *

Según la encuesta realizada por la revista *Motion Picture Herald* entre 15.000 empresarios de los Estados Unidos, el artista que produce mayores ingresos en taquilla es Mickey Rooney.

* * *

Isabelita de Pomés, la deliciosa protagonista de *Huella de luz*, *El abanderado* y *Mi novio el empera-*

dor, etc., etc., es, además de una exquisita actriz de la pantalla, una especialista en el montaje de películas, labor ésta, aunque anónima para el gran público, imprescindible y de suma importancia en la confección de un film.

* * *

En muchos casos, el cine ha solicitado el concurso de toreros de fama para las películas. Pues bien: ahora sucede que los artistas de cine, en justa revancha, tratan de infiltrarse en las filas taurinas. Vean

ustedes la lista de celebridades del séptimo arte que de vez en cuando despachan reses para otro mundo, que no es América, naturalmente: Alfredo Mayo, Armando Calvo, Antonio Casal, Fernando Freire de Andrade, Manolo Morán, Pepe Nieto. De todos los artistas españoles de cine, quien primero empezó a dar a los pitones la misma importancia que *A Sevilla o al Guadalquivir*, fué Luis Rivera, protagonista de *El niño de las Coles*, que por entonces demostró que para un papel como aquél, no era un torero actor, sino un actor torero lo que se necesitaba.

BUZON DE CONSULTAS

Relación de respuestas por riguroso orden de resolución:

"Una sevillana con gracia". San Felíu de Guixols.—Nosotros no podemos encargarnos de mandar fotos a nadie. En Madrid, en la papelería "Apolo", Avda. de José Antonio, 52, tiene usted todo lo que quiera.

Adolfo de Lara. Madrid.—Estrellita Castro nació en Sevilla el día 26 de junio de 1914. Ha interpretado *Rosario la Cortijera*, *El barbero de Sevilla*, *Suspiros de España*, *Mariquilla Terremoto*, *Los hijos de la noche*, *La gitanilla*, *Torbellino*, *Los misterios de Tánger*, *La patria chica* y *La maja del capote*.

"Un castigador". Madrid.—La primera película de Mary Carrillo fué *Marianela*, dirigida por Benito Perojo. Está casada con Diego Hurtado, hijo del célebre actor de la pantalla Luis Hurtado. No tenemos noticia oficial de su próxima película, aunque su nombre se rumorea para la *Inés de Castro*.

CUPON
PARA EL
BUZON DE CONSULTAS

Jerónimo Fulleda. Madrid.—No existe una revista técnica de cinematografía; lo que sí suelen traer las revistas de cine son secciones dedicadas a materia técnica.

"Tres modistillas de postín". Madrid.—Aunque no nos gusta meternos a investigar la edad de ninguna mujer, ahí van las que piden, y que la Providencia sea con nosotros: Alida Valli, veintitrés años; Lina Yegros, veintinueve; Rosalind Russell, treinta y cinco; Mirna Loy, treinta y cinco; Isabel de Pomés, veinte.

"Sotileza". Santander.—*Goyescas* no fué dirigida por José Luis Sáenz de Heredia, sino por Benito Perojo. La versión muda de *La hermana San Sulpicio* sí fué interpretada por Imperio Argentina, que también hizo la sonora y a las órdenes del mismo director, que era Florián Rey. En cambio, la versión muda de *Nobleza baturra* no la hizo Imperio Argentina, sino Fuensanta Lorente, y el director fué el mismo autor del argumento y guión.

"Don Abundio". Madrid.—Para la foto de Mercedes Vecino diríjase personalmente al domicilio de la estrella en Madrid: Arenal, número 2, Hotel Moderno.

Isabelo Terán. Barcelona.—En esta publicación no admitimos colaboradores, pues tenemos completo el cuadro de ellos.

Carmela Montes. Oviedo.—Para todos esos efectos diríjase a EDICIONES RIALTO, Avda. de José Antonio, 54, Madrid, y solicite contra reembolso de doce pesetas nuestra publicación *Viejo cine en episodios*, de Carlos Fernández Cuenca. Podemos asegurarle que es la historia más documentada del cine en jornadas.

Antonio Rubio. Madrid.—Mercedes Vecino está casada con el actor de cine José Jaspe. Vive en Madrid, en Arenal, 2, Madrid, Hotel Moderno. En cuanto a lo otro, no creo sea muy positivo dirigirse por Correo, ofreciéndose como actor; lo eficaz es ir, que le vean a uno, se fijen en uno, le tomen la dirección a uno, y si luego no le avisán a uno, es que no interesa uno. ¿Está claro?

"Uno que no habla". Barcelona.—Mándenos su dirección y le enviaremos la letra completa de la canción de *El ilustre Pereá*.

Números publicados de la "NOVELA-CINE"

| NUM. | TITULO | INTERPRETES |
|-----------------|---------------------------------------|---|
| 1 | La muchacha de Moscú | Conchita Montes-Amadeo Nazzari. |
| 2 | Es un periodista | Barry K. Barnes-Valerie Hobson. |
| 3 | Boda en el infierno | Conchita Montenegro-José Nieto. |
| 4 | Angel | Marlene Dietrich-Melvyn Douglas. |
| 5 | Goyescas | Imperio Argentina-Rafael Rivelles. |
| 6 | La aldea maldita | Florencia Béquer-Julio Rey de las Heras. |
| 7 | La encontré en París | Claudette Colbert-Melvyn Douglas. |
| 8 | El frente de los suspiros | Antoñita Colomé-Alfredo Mayo. |
| 9 | Tráfico en diamantes | Isa Miranda-George Brent. |
| 10 | Si yo fuera rey | Ronald Colman-Frances Dee. |
| 11 | Correo de Indias | Conchita Montes-Julio Peña. |
| 12 | La octava mujer de Barba Azul | Claudette Colbert-Gary Cooper. |
| 13 | Intriga | Blanca de Silos-Julio Peña. |
| 14 | El prisionero de Zenda | Ronald Colman-Madeleine Carroll. |
| 15 | Madrid de mis sueños | María Mercader-Roberto Rey. |
| 16 | Medianochе | Claudette Colbert-Don Ameche. |
| 17 | El misterioso Doctor Satán | Edward Ciannelli-Robert Wilcox. |
| 18 | Mando siniestro | Claire Trevor-Jhon Wayne. |
| 19 | Almas en el mar | Frances Dee-Gary Cooper. |
| 20 | Paraíso para dos | Patricia Ellis-Jack Hulbert. |
| Extraordinaria. | Alfredo Mayo | Biografía. |
| 21 | Al servicio del deber | Jane Wiat-Chester Morris. |
| 22 | Idilio en Mallorca | Antoñita Colomé-José Nieto. |
| 23 | Un hombre en París | Valerie Hobson-Barry B. Barnes. |
| 24 | La caravana del Oeste | Anita Louise-Chester Morris. |
| 25 | Cuatro culpables | Ben Lion-Syd Walker. |
| 26 | Desfile sobre el hielo | Dorothy Levis-James Ellison. |
| 27 | Cincuenta y cinco vidas de cine | Carlos Fernández Cuenca. |
| 28 | Castillo de naipes | Blanca de Silos-Raúl Cancio. |
| 29 | Serenata nostálgica | Cary Grant-Irene Dunne. |
| 30 | Delator anónimo | Tamara Desni-Edmund Lowe. |
| 31 | Recuerdo de una noche | Bárbara Stanwyck-Fred Mc Murray. |
| 32 | El caso de la señorita asustada | Marius Goring-Pénélope Dudley. |
| 33 | Sentencia anónima | Sonnia Hale-Wilfrid Lawson. |
| 34 | Boda sosegada | Margaret Loockwod y Franck Carr. |
| 35 | Se vende un palacio | Mary Santamaría-José Nieto. |
| 36 | Idolos | Conchita Montenegro-Ismael Merlo. |
| 37 | La Boda de Quinita Flores | Luchi Soto-Rafael Durán. |
| 38 | Una familia imposible | María Mercader-Armando Falconi. |
| 39 | Café de París | Conchita Montes-José Nieto. |
| 40 | Luz de gas | Diana Wynyard-Antón Walbrod. |
| 41 | Búffalo Bill | Gary Cooper-Jean Arthur. |
| 42 | El Abanderado | Mercedes Vecino-José Nieto. |
| 43 | Se acabó la música | Jimmy Durante-Diana Napier. |
| 44 | Dora la espía | Maruchi Fresno-Adriana Rimoldi. |
| 45 | Sólo los ángeles tienen alas | Cary Grant-Jean Arthur. |
| 46 | Mi fantástica esposa | Antoñita Colomé-Francisco Melgares. |
| 47 | Las aventuras de Marco Polo | Gary Cooper-Sigrid Gurie. |
| 48 | El ilustre Perea | Rafael López Somoza-Maruja Asquerino. |
| 49 | ¡Adiós, mister Chipp! | Robert Donat-Greene Garson. |
| 50 | Altar Mayor | Maruchi Fresno-Luis Peña. |
| 51 | Viviendo al revés | Alicia Palacios-Luis Durán. |
| 52 | La nueva melodía de Broadway | Eleanor Powell y Fred Astaire. |
| 53 | Luna nueva | Rosalid Russell y Cary Grant. |
| 54 | Sueño dorado | Bárbara Stanwyck, Adolphe Menjou y William Joile. |
| 55 | En la luna | Merle Oberon y Rex Harrison. |

Si no encuentra en la librería o en el puesto de periódicos el número que le interese de esta colección, puede pedírnoslo por correo y le será enviado inmediatamente contra reembolso.

EDICIONES RIALTO

Av. José Antonio, 54

M A D R I D



PRESENTA

UNA GRAN PELICULA DE SAMUEL GOLDWYN

“RAPSODIA DE JUVENTUD”

con

Jascha Heifetz, Joel McCrea, Andrea Leeds

y

GENE REYNOLDS, WALTER BRENNAN

Director: ARCHIE MAYO

NO DEJE DE ADQUIRIR LA NOVELA CINEMATOGRAFICA DE ESTA PELICULA QUE
EDICIONES RIALTO PUBLICARA EN BREVE